



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

De la ciudad industrial a la ciudad creativa: las transformaciones urbanas de Barcelona en el siglo XX

Eduard Montesinos Ciuró



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement- NoComercial – SenseObraDerivada 4.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento - NoComercial – SinObraDerivada 4.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 4.0. Spain License.**

LA CIUDAD INDUSTRIAL

Barcelona en la época de la producción en masa

«Mentrestant, en aquella Barcelona amb tramvies i vigilants de l'any 1966, havia començat la tardor. Des dels finestrals de l'editorial, veiérem voleiar les fulles seques que el vent desprenia dels arbres del carrer Aragó i de la rambla de Catalunya. Fresquejava. Jo, sota els sostres altíssims del darrer pis de la Montaner i Simón, vaig començar a tenir algun calfred.»

Jesús Moncada, *Petita història d'un jersei gris*, 2003.

4. La localización de las actividades económicas

Una breve contextualización histórica es el preámbulo a partir del cual se presenta el modelo de territorialización de la industria preponderante en Barcelona durante el siglo XX. La revisión bibliográfica se complementa con un análisis empírico sobre el patrón de localización de los establecimientos industriales en la ciudad, a partir del documento *Barcelona en el año de la Exposición Internacional 1929*. Esos datos se relacionan con las estadísticas disponibles acerca del número de trabajadores registrados en el primer tercio de siglo para cada uno de los sectores industriales que se tienen en cuenta en este capítulo. Ello permite caracterizar y comparar la dimensión media de los establecimientos de cada sector.

4.1 Contextualización

Para entender las decisiones de localización de las empresas en un territorio concreto, es necesario explicar la organización espacial de las relaciones de producción en la totalidad del sistema. Esta organización, que es dinámica en el tiempo, fue denominada por Doreen Massey (1984, p. 7) las *estructuras espaciales de la producción*.³³ En el periodo histórico analizado en este capítulo, que abarca aproximadamente de 1914 a 1973, esas estructuras se definen como *producción en masa*. Su característica principal es la estandarización de los productos y su fabricación en cadena, buscando las economías de escala al generar grandes cantidades de output que deben ser consumidas al mismo ritmo. Se eligió esta conceptualización por corresponderse con la terminología utilizada

³³ Es preciso señalar que el concepto de *producción* que se utiliza en esta tesis, siguiendo a Massey y otros autores como Peter Dicken (2007), es un tanto diferente al más habitual en el lenguaje común. No se refiere solamente a las etapas de extracción de materias primas y de su transformación en productos elaborados, sino que hace referencia a la totalidad de la cadena productiva, desde esas etapas iniciales ya mencionadas hasta su distribución, almacenamiento, comercialización y consumo final.

por los teóricos de la Escuela de Frankfurt en sus reflexiones sobre la *cultura de masas* (Horkheimer y Adorno 1994 [1947]).

Otras de las conceptualizaciones de uso frecuente que pueden ser asimilables a la noción de producción en masa son, por un lado, el *fordismo* (Storper y Scott 1990, p. 574). Este término se le atribuye a Antonio Gramsci, quien lo utilizó en sus *Quaderni del Carcere* (1975 [1948-1951]) para explicar la tendencia creciente a adoptar innovaciones generadas en los Estados Unidos de América. Hace referencia a la *Ford Motor Company*, una de las primeras compañías en fabricar productos estandarizados en cadena. De hecho, el sector automovilístico resulta estratégico en este periodo histórico por ser el que incorporó las principales innovaciones productivas de la época.³⁴ Por otro lado, está la *tercera y cuarta ondas de Kondratiev* (Schumpeter 1939; Mandel 1995 [1978]), que equivalen a la etapa final de la *segunda Revolución Industrial* y el inicio de la *tercera* (Mokyr 1990). No existe consenso en la teoría económica sobre los momentos exactos de inicio y finalización de cada una de las etapas y sobre sus causas fundamentales. Sin embargo, lo relevante de la aproximación de Joseph Schumpeter es la identificación de unas innovaciones primordiales que regeneran largos ciclos económicos cuando se difunden por el mundo. En el caso del periodo objeto de análisis en este capítulo, la electrificación fue una de esas innovaciones, pues permitió un desarrollo sin precedentes de todos los sectores económicos y también supuso una revolución en la organización temporal y espacial de la vida cotidiana (Capel 1994, p. 187). En Barcelona el fenómeno de la electrificación se extendió tempranamente desde los primeros lugares donde se aplicó, como la central de la calle Mata (ver Anexo, ficha nº 27), permitiendo el consecuente desarrollo de la economía urbana que se analiza en este capítulo.

³⁴ También en Barcelona el sector del automóvil es fundamental para interpretar su historia económica reciente. Para un desarrollo del tema son útiles los trabajos de Jordi Catalan (2006, 2007) y Andrea Tappi (2007).

Existe una tendencia global, pues, que permite entender mejor la evolución de los casos concretos. Pero también una especificidad local que debe tenerse en cuenta para llevar a cabo una interpretación científica. En cuanto a Barcelona, la ciudad se convirtió durante la segunda mitad del siglo XIX y buena parte del XX en el nodo principal de un espacio productivo que iba más allá de la metrópolis y de Cataluña (Nadal y Maluquer de Motes 1985). La principal materia prima de las manufacturas catalanas, el algodón,³⁵ tenía que adquirirse necesariamente en los mercados internacionales –a pesar de que hubo algunos intentos de producción nacional, como el de Bertrand y Serra (ver Anexo, ficha nº 64). La mano de obra tenía un origen inicialmente local, pero ya en el siglo XX el ritmo de crecimiento de las fábricas hizo imprescindible el empleo de grandes contingentes de trabajadores originarios de las regiones más empobrecidas de España, especialmente las meridionales.³⁶ El capital fue también inicialmente invertido por la burguesía local (Vilar 1964-1968), pero a medida que el sistema industrial fue cobrando una mayor complejidad, penetró cada vez más la tecnología y las inversiones provenientes de las regiones industriales más avanzadas del mundo, tanto de Europa, por proximidad (Oliveras 2013, p. 251), como de América del Norte. El caso de la energía que hizo funcionar este sistema es un ejemplo de ello (Arroyo y Nahm 1994, p. 46).³⁷

³⁵ La manufactura del algodón comenzó en Barcelona en el siglo XVIII y está ligada a las relaciones comerciales de la ciudad con las colonias de América y, posteriormente, a las respectivas repúblicas independientes. Para profundizar en esta cuestión la obra de referencia es la de Jordi Nadal (1990) y sus discípulos, por ejemplo, Álex Sánchez (2000).

³⁶ Esa mano de obra también fue empleada de forma masiva en las importantes obras públicas que se llevaron a cabo en la ciudad en el primer tercio de siglo XX. La inmigración masiva desde provincias como Murcia está relacionada con la crisis que sufrió la minería en esa región en el mismo periodo histórico (Estevan Senís 1964).

³⁷ Pierre Vilar (1991 [1936], p. 25) menciona lo siguiente sobre el ingeniero que impulsó el proceso de electrificación de Barcelona: «*es diu que és des del cim del Tibidabo que el canadenc Pearson hauria tingut, davant Barcelona, la "revelació" de l'obra hidroelèctrica a acomplir als Pirineus*».

La importancia estratégica del puerto permitió esta estructura productiva (Vila 2003 [1928-1936], p. 61; Vilar 1991 [1936], p. 25), la dependencia exterior de la cual representaba una vulnerabilidad, pero que fue aprovechada por los agentes que dominaban la economía de la ciudad para generar también algunas fortalezas. Una de las más importantes consistió en convertirse en el principal centro industrial de la Península Ibérica. Ese fue el motivo por el cual se consolidó la demanda nacional de los productos que se fabricaban en la ciudad y ello, como consecuencia, permitió una diversificación productiva. Como se demuestra a través de los mapas que se presentan en este capítulo, en la primera mitad del siglo XX se producía en Barcelona, de una forma u otra, casi todo lo que podía imaginarse consumir en aquella época. La ciudad se consolidó como un dinámico distrito industrial (Marshall 1890; Becattini 1979; Raveaux 2005): las industrias barcelonesas se convirtieron en las principales suministradoras de productos manufacturados del mercado español. Cabe interpretar este fenómeno como la imposición de las ventajas competitivas respecto a otros lugares que hubieran podido ser una alternativa de localización industrial en el contexto de la producción en masa en España.³⁸

Se ha tomado el año 1914 como inicio del periodo por tratarse de la fecha en la que la electricidad pasó a ser la principal fuente de energía de la industria barcelonesa (Calvo 1989, p. 470). En este periodo predominó el modelo intersticial de localización industrial, entendido como un todo compacto entre

³⁸ El caso del País Vasco, la otra región española en la que se completó el proceso de industrialización, es distinto porque predominó la especialización siderúrgica antes que la diversificación productiva característica de la industria catalana. En cuanto a otras regiones, el historiador Antonio Parejo (2004, p. 687) apunta a los efectos acumulativos generados por las economías de aglomeración y a la efectividad de las presiones empresariales destinadas a conseguir del Estado políticas adecuadas a sus intereses como los dos factores más importantes para explicar la divergencia de la evolución de la industria en Andalucía respecto a Cataluña y el País Vasco.

industrias y el resto de la ciudad que se va generando por la construcción de las nuevas fábricas en los espacios intersticiales disponibles (Sánchez, J-E. 2000, p. 179). El periodo termina a finales de los años 1960, cuando comenzó el proceso de abandono del municipio central de la metrópolis por parte de las principales fábricas, coincidiendo con el establecimiento del modelo zonal de localización industrial.³⁹ Este modelo se caracteriza por la segregación espacial de las fábricas respecto a las demás funciones urbanas, localizándolas en los denominados polígonos industriales que se urbanizaron a partir de ese momento en las áreas periféricas y suburbanas de la mayoría de municipios metropolitanos, e incluso más allá (*Ibidem*). A principios de los años 1970, coincidiendo con la crisis global de 1973, el proceso ya estaba muy avanzado. Se considera que ya había comenzado el segundo periodo que se estudia en esta tesis, objeto de análisis en los capítulos 6 y 7.

4.2 El patrón de localización de la industria en Barcelona

A continuación se analiza el patrón de localización de las empresas industriales en el contexto del modelo intersticial que se define en el apartado anterior, con el objetivo de contribuir a la caracterización de la economía urbana de Barcelona en el periodo de la producción en masa. Se organizaron las aproximadamente 12.000 localizaciones extraídas del documento *Barcelona en el año de la Exposición Internacional 1929* en 10 grandes sectores de actividad,

³⁹ Fue concebido a principios del siglo XX, aplicando la racionalidad científica moderna a los problemas originados por el crecimiento de las ciudades industriales que traía consigo la adopción de la producción en masa. Sus primeras aplicaciones fueron en Alemania, desde donde se difundió a otros países europeos. En Barcelona puede rastrearse su influencia en los modelos urbanísticos que se plantearon desde la primera década del siglo XX en la línea de la *gross-stadt*, cuyo desarrollo se explica en el capítulo 5 a partir de Roca (1979). Sin embargo, su materialización fue muy lenta y gradual, ya que en el momento de su concepción la tendencia dominante seguía siendo la localización según el modelo intersticial.

explicados en el apartado metodológico del capítulo 3.⁴⁰ Ello permite realizar una descripción que es a la vez sectorial y territorial. El mapa de síntesis que se presenta en último lugar es una visión de conjunto que permite llevar a cabo una recapitulación sobre el modelo intersticial de localización. Se eligieron los datos referentes a los lugares de fabricación de las empresas industriales porque, como se explica en el capítulo 3, se trabajó con la hipótesis de que las industrias manufactureras constituían la base económica de la ciudad cuando fueron publicados los datos y eran, por esta razón, el elemento más estratégico de la estructura espacial de la producción en ese momento.

Según Mercè Tatjer (2010, p. 232), Ildefons Cerdà preveía en su *Plan de reforma y ensanche de Barcelona* (1859) la segregación de la industria atendiendo a las necesidades del resto de funciones urbanas. Ramon Grau (1974, p. 30), sin embargo, defiende que no está claro que Cerdà pensara en esa segregación. Más allá de las disquisiciones sobre teoría urbanística, el enfoque que interesa en este estudio se centra en saber qué ocurrió realmente. Tras el derribo de las murallas de la ciudad a mediados de siglo XIX, los industriales decidieron instalar las nuevas fábricas en los lugares que mejor les convinieron del llano de Barcelona, y en especial en el nuevo distrito de expansión de la ciudad, el Eixample, en el que compartieron localización con diversas funciones urbanas, entre ellas la residencial.

A partir de Joan-Eugeni Sánchez (1985, p. 83) puede interpretarse este fenómeno como la proyección espacial de la producción de valor, es decir, como la imposición a los demás agentes urbanos de una decisión de localización por

⁴⁰ Es discutible que se trate de la mejor forma de relacionar la localización de las actividades económicas con las relaciones sociales de producción que se originan en ellas. No obstante, siguiendo a Doreen Massey (1984, p. 17), ningún criterio es explicativo en sí mismo si el objetivo es captar los desarrollos históricos a largo plazo, y la ventaja de organizar el análisis a partir de este es la disponibilidad de estadísticas oficiales a partir de las cuales es posible triangular la información.

una situación de fortaleza respecto a ellos. El poder era tanto material como simbólico; hacía referencia al mismo tiempo a la capacidad adquisitiva de los industriales y a su prestigio y legitimidad social. Esa situación permitió la creación de *ejes industriales* (Oliveras 2013, p. 238) en los que las fábricas se integraron en el conjunto de la ciudad y contribuyeron a su dinamismo económico e incluso cultural.

Muchas de las fábricas que se habían construido en periodos anteriores, sobre todo intramuros, en el núcleo antiguo de la ciudad, se relocalizaron en diferentes áreas del Eixample o de los antiguos municipios anexados a finales del siglo XIX, en especial Sant Martí de Provençals (el Poblenou), Sant Andreu de Palomar, Gràcia y Sants. Los motivos del cambio de localización, en un contexto marcado por la introducción de la máquina de vapor, fueron diversos: la búsqueda de más espacio, disponibilidad de agua, cercanía a los nuevos ejes de comunicación, normativas urbanísticas más favorables o preexistencia de actividades fabriles desde el siglo XVIII (Tatjer 2010, p. 203 y ss).

Es remarcable el hecho de que en las tradicionales ubicaciones industriales del núcleo antiguo de la ciudad hubo una considerable reutilización industrial, ya sea a través de la instalación de fábricas pertenecientes a sectores emergentes en aquel momento o de los centros direccionales de las que se ubicaban en otras áreas de la ciudad (Tatjer 2010, p. 212). Ello permite considerar los actuales distritos de Ciutat Vella y el Eixample como el auténtico núcleo económico de la ciudad, porque concentraban la mayoría de actividades industriales, y también las comerciales y financieras (Carreras 1997, p. 59). A pesar de ello, el discurso más extendido sobre la ciudad industrial se focaliza en el *Manchester catalán* y *Textilandia* (por ejemplo, Nadal y Tafunell 1992) en referencia al Poblenou. El análisis empírico que se presenta a continuación refuerza la posición de Tatjer sobre la conformación de un sistema industrial diversificado a partir de la difusión desde el antiguo centro de la ciudad al nuevo.

4.2.1. Sector de la alimentación, bebidas y tabaco

La mayoría de los establecimientos de este sector se encuentran en el centro de la ciudad y en los cascos urbanos de los antiguos municipios del llano de Barcelona (Figura 4.1). La mayor concentración se observa en la carretera de Sants. Una característica propia de este sector es que algunos de los procesos productivos se instalaban en las inmediaciones de los distintos mercados municipales: Sant Antoni, Concepció, Llibertat, Clot, Sant Andreu, etc. Hay también una aparente concentración en las calles adyacentes al puerto, que tiene bastante lógica si se tiene en cuenta que se debían importar algunos de los alimentos que eran consumidos en la ciudad. En las áreas con un poblamiento más disperso (Les Corts de Sarrià o Sant Martí de Provençals) había una menor cantidad de establecimientos, y también estaban más dispersos que en las áreas de poblamiento concentrado. Esa similitud entre distribución de la urbanización y distribución de las fábricas permite inferir que muchos de estos establecimientos no fueron construidos *ex novo* para albergar actividades productivas, sino que existía un aprovechamiento de antiguos edificios, en los que a menudo convivían varias actividades de diferente naturaleza.

Una de las pocas excepciones parece ser el subsector cervecero, ya que empresas como *Damm* o *Moritz* sí que construyeron nuevos edificios en el Eixample, que de hecho son de los más antiguos de sus respectivos barrios (ver Anexo, fichas nº 16 y 17). Un caso similar es el del subsector harinero, que por sus características productivas también precisaba de edificios completos. La *Farinera del Clot* es un ejemplo espléndido en este sentido (ficha nº 29 del Anexo). En el censo obrero que se recoge en el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona* de 1905 aparecen 8.129 trabajadores en este sector. Según los datos censales de 1930 que presenta Jordi Catalan (1997, p. 224), el sector contaba con 8.698 obreros. Parece que hubo, pues, una cierta estabilidad en el tiempo en el sector de la alimentación, por lo menos en lo que hace referencia a la cantidad de

personas empleadas en él. Teniendo en cuenta que en 1929 se contabilizan en él 650 establecimientos industriales, la media de trabajadores por fábrica o taller es de 12 aproximadamente.

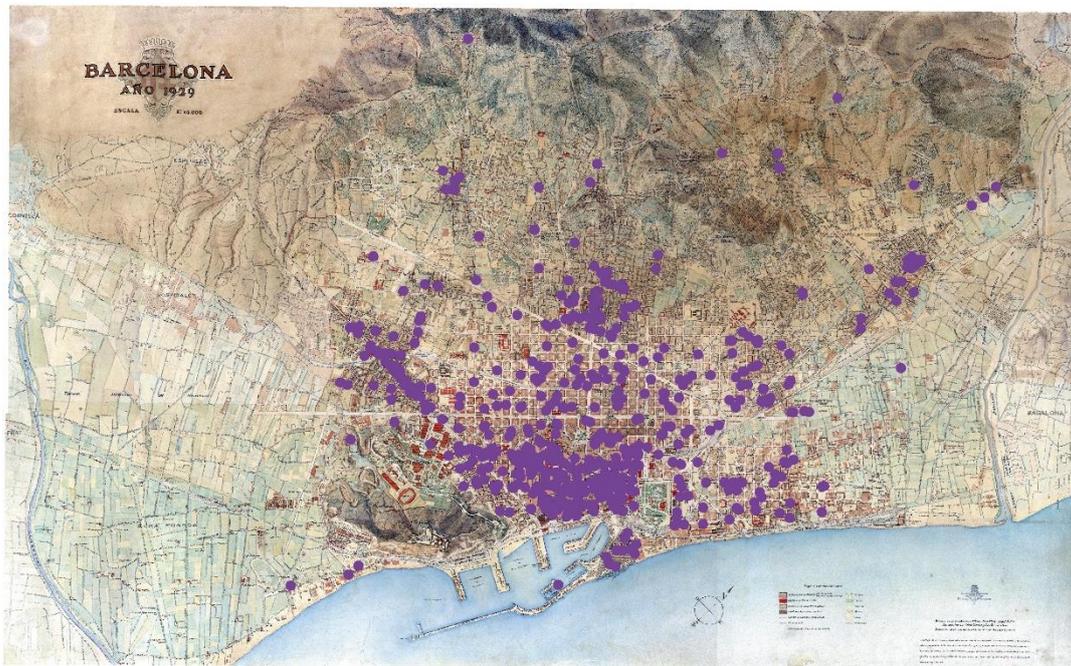


Figura 4.1. Localización de los establecimientos en el sector de la alimentación, bebidas y tabaco. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.2 Sector del textil, confección y calzado

El sector más importante en la industrialización de Barcelona tenía, lógicamente, la mayor cantidad de establecimientos industriales, con un total de 2.395 (un 20,91 % del total). Según Pau Vila (2003 [1928-36], p. 345) había en todo el llano de Barcelona en esa época unos 21.000 obreros y obreras solamente en el ramo del algodón, con 250.000 púas y 14.000 telares. La cifra era de 18.251 en el censo obrero de 1905 anteriormente referido. Jordi Catalan (1997, p. 224) aporta la cifra de 67.301 trabajadores en el conjunto del sector textil, de la piel y del calzado para 1930, por lo que la media de trabajadores por fábrica o taller sería de 28. En cambio, en el censo obrero de 1905, la cifra era de 59.581 empleados, 39.102 propiamente en el subsector textil y 20.479 en el subsector de *Vestido y tocado* –que equivale a lo que en este capítulo se denomina *confección*

y *calzado*. Puede inducirse que durante el primer tercio del siglo XX este sector siguió creciendo, por lo menos desde el punto de vista del número de trabajadores. El casco antiguo de la ciudad era el área en el que se encontraba una mayor concentración de fábricas y talleres, en especial los barrios de Sant Pere, Santa Caterina y la Ribera. El Eixample, tanto el derecho como el izquierdo, no le iban a la zaga por mucho. Destaca el área del Eixample cercana al barrio de Sant Pere, donde tal vez exista una sobre-representación de los datos (Figura 4.2).⁴¹

Además, los barrios de Sants, Sant Andreu y el Poblenou presentaban también una gran concentración de industrias textiles. Las fábricas *de La España Industrial, Fabra y Coats, Can Ricart* o el *Vapor Vell* eran verdaderos buques insignia de la industria barcelonesa de la época (ver Anexo, fichas nº 4, 18, 43 y 49). En cada uno de estos barrios existían ejes que coincidían con las carreteras de salida de la ciudad: la carretera de Sants, la calle Gran de Sant Andreu y la calle Pere IV (antigua carretera de Mataró). Otros núcleos con presencia destacable son Gràcia,⁴² con mucha densidad por tratarse de una antigua villa con mucha tradición artesana, Horta, el Clot e incluso el Guinardó. A diferencia de otros sectores, se aprecia una difusión hacia áreas más suburbanas, apartadas de los cascos urbanos de los antiguos municipios: sobre todo en Les Corts, Sants y Sant

⁴¹ Como estudiaron Carles Carreras, Jordi Domingo y Carmen Sauer (1990), en la calle Trafalgar y lugares aledaños históricamente se concentró un gran número de sedes sociales de las industrias que operan en la ciudad. Actualmente, la mayoría de los establecimientos de esta calle, muchos de ellos controlados por capital chino, se dedican a la venta al por mayor de productos textiles. Para una profundización en el tema puede consultarse la tesis doctoral de Rafael Vicente-Salar: *Urban micro-geographies of the evolution of clusters. The economic evolution of the Trafalgar Garment District in Barcelona, 1900-2018* (2019).

⁴² Tras el incendio de la fábrica Bonaplata en 1835 (la primera fábrica barcelonesa que funcionó con máquinas de vapor), los propietarios decidieron trasladarla de la calle Tallers en el casco antiguo de la ciudad a la calle Perill del barrio de Gràcia (ficha nº 52 del Anexo).

Andreu. Por contraste, barrios como Sarrià y la Barceloneta apenas tenían presencia de este sector.

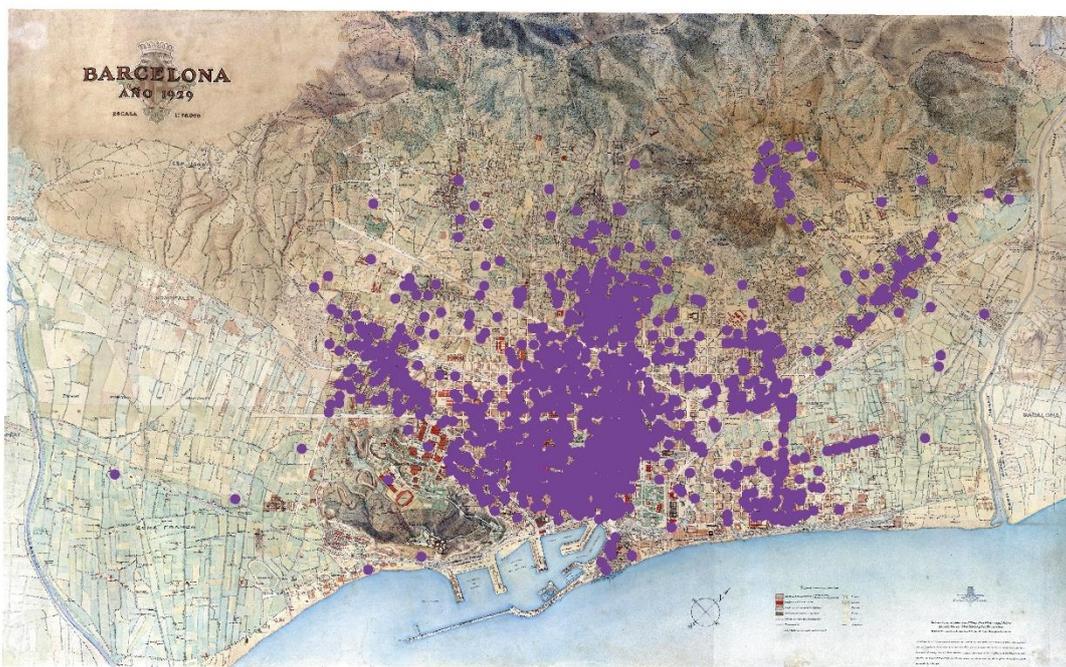


Figura 4.2. Localización de los establecimientos en el sector del textil, confección y calzado. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillièrè-Riera Reunidos (1929).

4.2.3 Sector de la madera y del papel

El barrio de la Ribera, en las calles cercanas al puerto, albergaba la mayor concentración de actividades en el sector de la madera y el papel (Figura 4.3). El resto del casco antiguo de la ciudad, incluida la Barceloneta, poseía igualmente una presencia destacada de fábricas de este sector, como los dos Eixamples, aunque sin un patrón claro de concentración. Aparecen muy bien destacados los cascos antiguos de los antiguos municipios del llano de Barcelona: Sants, Poble Sec, Les Corts, Sarrià, Gràcia, Horta, Sant Andreu y el Poblenou en Sant Martí, aunque en algunos de ellos, como Les Corts y Sant Martí, también había establecimientos más allá de los cascos urbanos. Ello parece indicar que la localización de este sector estaba muy influida por la urbanización existente. Es lógico si se tiene en cuenta que una parte considerable de los empleados en el sector de la madera en ese momento todavía no se habían integrado en el

sistema fabril, que separa lugar de residencia y lugar de trabajo, y seguían trabajando de forma artesanal en sus propios talleres.

Según los datos del censo obrero de 1905, el sector de la madera ocupaba 3.858 trabajadores y el del papel 2.784, lo que significa que en conjunto contaban con 6.642 obreros. Según los datos que presenta Jordi Catalan (1997, p. 224) del censo de la población de 1930, había 11.553 trabajadores en el sector de la madera y 12.018 en el del papel, aunque este último subsector se presenta de manera conjunta con las artes gráficas, por lo que no es posible comparar con el año 1905. De todas formas, se observa un claro crecimiento en los 25 años que separan ambos censos. La media de trabajadores por establecimiento en los sectores de la madera, el papel y las artes gráficas era de 6, ya que sus 23.571 trabajadores se repartían en 3.697 lugares de trabajo, 1.798 dedicados a la madera y el papel y 1.899 en las artes gráficas.

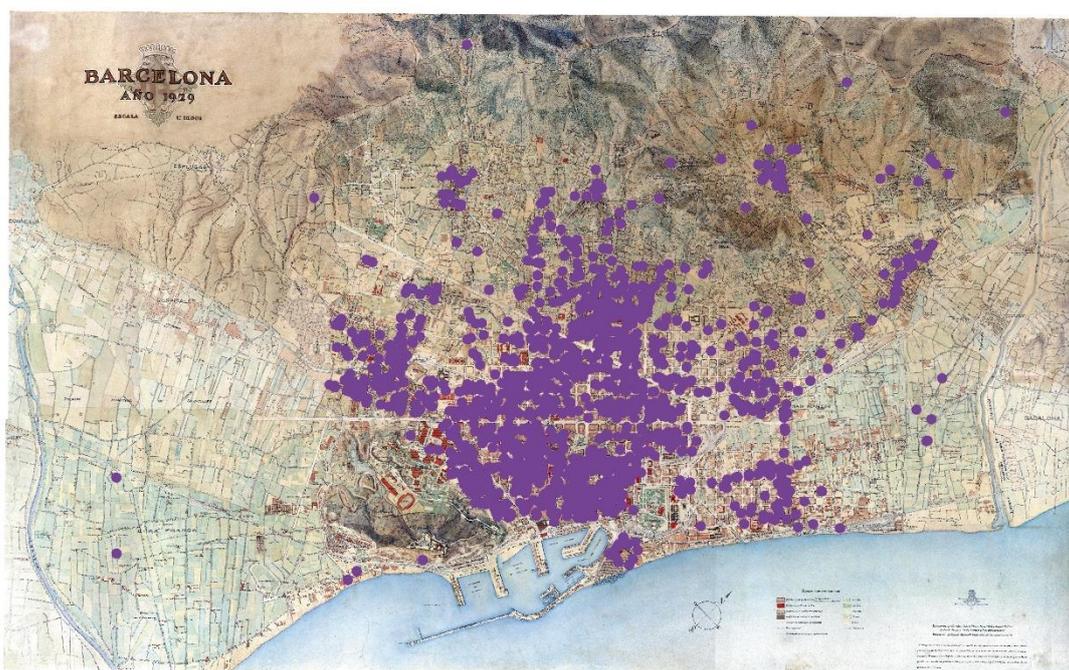


Figura 4.3. Localización de los establecimientos en el sector de la madera y del papel.

Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.4 Artes gráficas y otras industrias artísticas

En Gràcia se encuentra una de las principales concentraciones de este sector (Figura 4.4), que incluye, además de las clásicas artes gráficas, a artesanos y artistas de diversa naturaleza. Aquí se han tenido en cuenta algunos profesionales, como pintores artísticos, escultores, dibujantes o fotógrafos que en la *Monografía estadística de las clases trabajadoras de Barcelona*, incluida en el *Anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona de 1917*, fueron computados como trabajadores intelectuales, en contraposición a los operarios, donde se encontraban los trabajadores mecánicos. Se consideró en esta tesis que este tipo de profesionales, aunque no se adecuaban al sistema fabril, entraban dentro de la categoría de industria definida como proceso de transformación de unas materias primeras en productos elaborados.

Es destacable otra concentración en el barrio del Esquerra del Eixample, atribuible a la ubicación allí de la gran mayoría de las editoriales de la ciudad: por ejemplo *Seix Barral*, *Salvat*, *Gustavo Gili* o *Labor* (fichas nº 23, 24, 25 y 56 del Anexo).⁴³ En 1905, según datos del censo obrero, había 7.495 trabajadores de las artes gráficas en la ciudad, de los cuales 3.000 se dedicaban a la encuadernación. En 1930 había 12.018 trabajadores (Catalan, 1997, p. 224), aunque este dato incluye también los trabajadores en el sector del papel. Con un total de 1.899 establecimientos en las industrias artísticas (un 16,58% del total), la media de trabajadores por establecimiento era de 6. El casco antiguo de la ciudad también era un área de concentración, así como Sants, Sarrià, Sant Andreu y el Poblenou. El Clot y Camp de l'Arpa, Poble Sec, Les Corts y la Barcelona, sin embargo,

⁴³ Josep Maria Ferrer (2009, p. 295) señala con un admirable grado de detalle la notable contribución de este distrito industrial barcelonés al desarrollo social y económico de España durante el siglo XX. La tesis doctoral de Sergio Moreno, titulada *Análisis teórico y aproximación práctica a las relaciones entre ciudad y comercio. El caso de la producción, venta y consumo de libros en Barcelona* (2011) aporta datos que sitúan la magnitud de esa contribución, con una tendencia a perder el predominio a favor del distrito editorial de Madrid en las últimas décadas.

destacan por todo lo contrario. Aunque predominaban las localizaciones en los cascos urbanos, en algunas áreas de la ciudad, en especial Sarrià y los demás barrios cercanos a la montaña, también eran destacables las localizaciones suburbanas. Algunas de ellas tenían que ver con el incipiente sector cinematográfico, que precisaba de emplazamientos espaciosos para el almacenamiento del material y el rodaje. Algunos de los pioneros de este sector en Barcelona, como Andreu Cabot i Puig (1871-1937), ubicaron sus estudios cinematográficos en estos barrios, como Horta, que destacaba por la poca presencia de industrias manufactureras en su territorio (ver ficha nº 73 del Anexo).

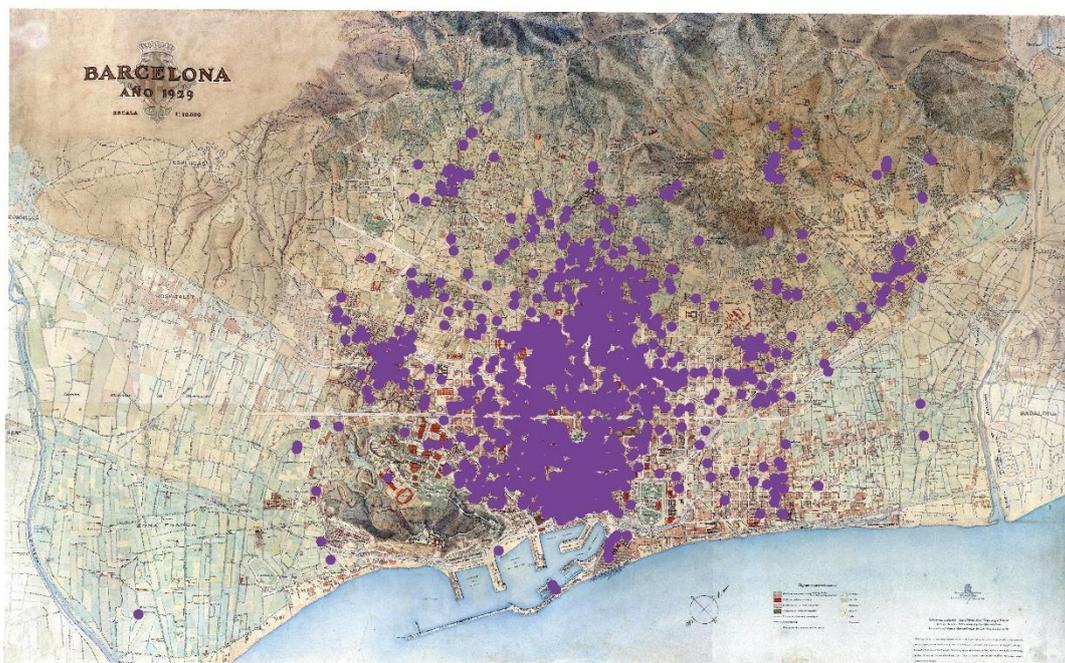


Figura 4.4. Localización de los establecimientos en las artes gráficas y otras industrias artísticas. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.5 Sector químico y farmacéutico

En este sector se hallaron 863 establecimientos industriales para el año 1929. Según Jordi Catalan (1997, p. 224) había en 1930 un total de 9.106 trabajadores en el sector químico, dato que en relación al de establecimientos arroja una media de 10 por cada uno de ellos. El censo obrero de 1905 aporta la cifra de 3.399 trabajadores, por lo que se aprecia una tendencia al crecimiento

del sector que, de hecho, no hizo sino incrementarse en los años posteriores hasta la década de los 70. Destaca la aglomeración que se observa en la Dreta de l'Eixample, donde se localizaron importantes empresas del sector como *Henkel*, *Baldacci* o *Myrurgia* (fichas nº 55, 59 y 61 del Anexo), aunque la presencia es generalizada en los dos Eixamples y en el casco antiguo de Barcelona, de nuevo con las calles adyacentes al puerto concentrando un buen número de establecimientos (Figura 4.5).

Otra de las principales aglomeraciones de industrias químicas de la ciudad era la calle Pere IV. En la Barceloneta la disposición es alrededor de las dos principales fábricas del barrio: *La Maquinista Terrestre y Marítima* y *La Catalana de Gas y Electricidad* (Ver Anexo, fichas nº 12 y 28). Puede conjeturarse que las economías de aglomeración que generaban estas dos grandes fábricas atrajeron a muchas otras fábricas de sectores emergentes a inicios de siglo XX, como es el caso del sector químico. También es destacable la concentración que se observa en el Poble Sec. Por lo demás, barrios como Hostafrancs o el Guinardó estaban bien representados, así como el eje formado por las calles Gran de Sant Andreu y Gran de la Sagrera. En Gràcia había también bastante densidad, como en la mayoría de los demás sectores. Finalmente, las áreas suburbanas de Les Corts, Sarrià y Sant Andreu tienen una considerable presencia de este sector, hecho que puede relacionarse con la necesidad de suficiente espacio de algunas plantas químicas, que por la naturaleza de su actividad no podían estar muy cerca de las áreas más densamente pobladas.

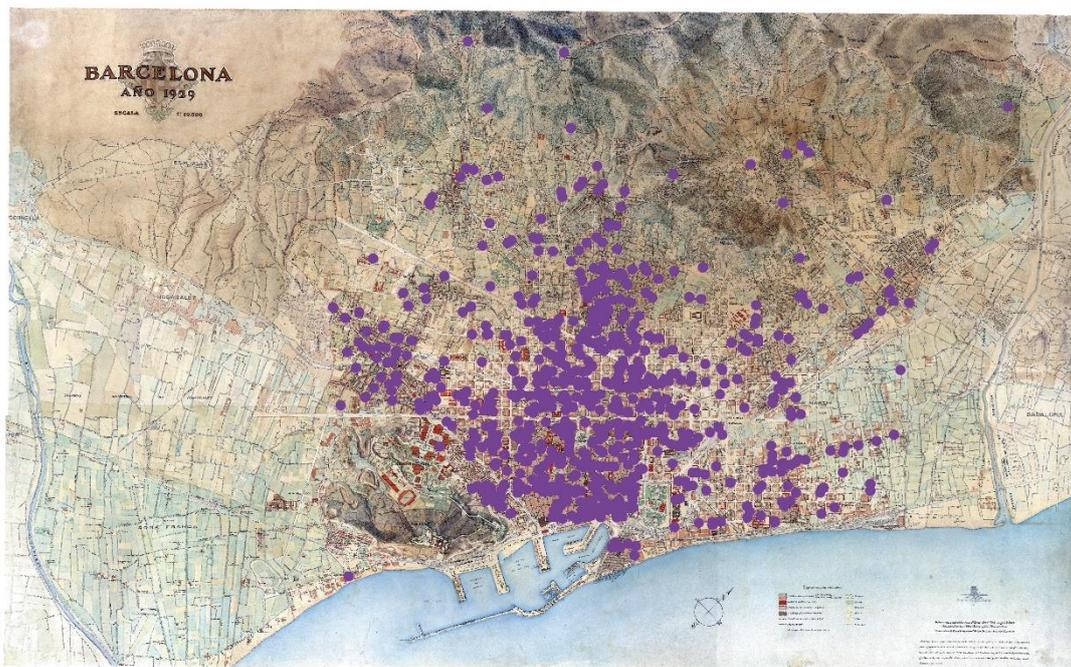


Figura 4.5. Localización de los establecimientos en el sector químico y farmacéutico.

Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.6 Sector de los minerales no metálicos

Se trata del sector menos representado en los datos que se analizan para el año 1929, con tan solo 184 establecimientos industriales (un 1,61 % del total). Posteriormente, este sector alcanzó un crecimiento notable gracias a la popularización del consumo de plástico, pero a finales de la década de 1920 tan solo se producía en Barcelona un tipo, el *galalith*, con un desarrollo limitado. El grueso del sector se encontraba entonces en la producción de vidrio, cerámica y goma. Según los datos del censo obrero de 1905, había 3.069 obreros solamente en el subsector de la cerámica.⁴⁴ Ello da una media de 16 trabajadores por cada

⁴⁴ En este sector se incluye la producción de cerámica como producto intermedio de uso en otras manufacturas. Los productos cerámicos de consumo final, como las baldosas, son incluidos en el sector *Resto de manufacturas*. Este es un ejemplo que muestra los problemas de clasificaciones de este tipo, ya que a finales de la década de 1920 la cerámica se solía producir en tejares (*bòbiles* en catalán) de carácter artesanal que en algunos casos podrían considerarse una industria artística. El caso más paradigmático de nueva fábrica cerámica es la Berenguer de Hostafrancs (ficha nº 62 del Anexo), que también podría ser incluido en el sector de la construcción.

establecimiento. No se aprecian aglomeraciones en ningún área de la ciudad (Figura 4.6). La mayor concentración se encontraba en el sector suroccidental de Gràcia junto con la parte adyacente de l'Esquerra de l'Eixample. Se observa, con menor nitidez que para otros sectores, el eje de la calle Pere IV en el Poblenou, así como la calle Gran de Sant Andreu. La Marina de Sants es otro de los lugares en los que hay una cantidad de localizaciones superior a la media, sin comportar una gran concentración de ellos. Destacan también los establecimientos ubicados en áreas cercanas a la sierra de Collserola y sus estribaciones, que probablemente se dedicaban al aprovechamiento de sus suelos para la posterior elaboración de cerámica.

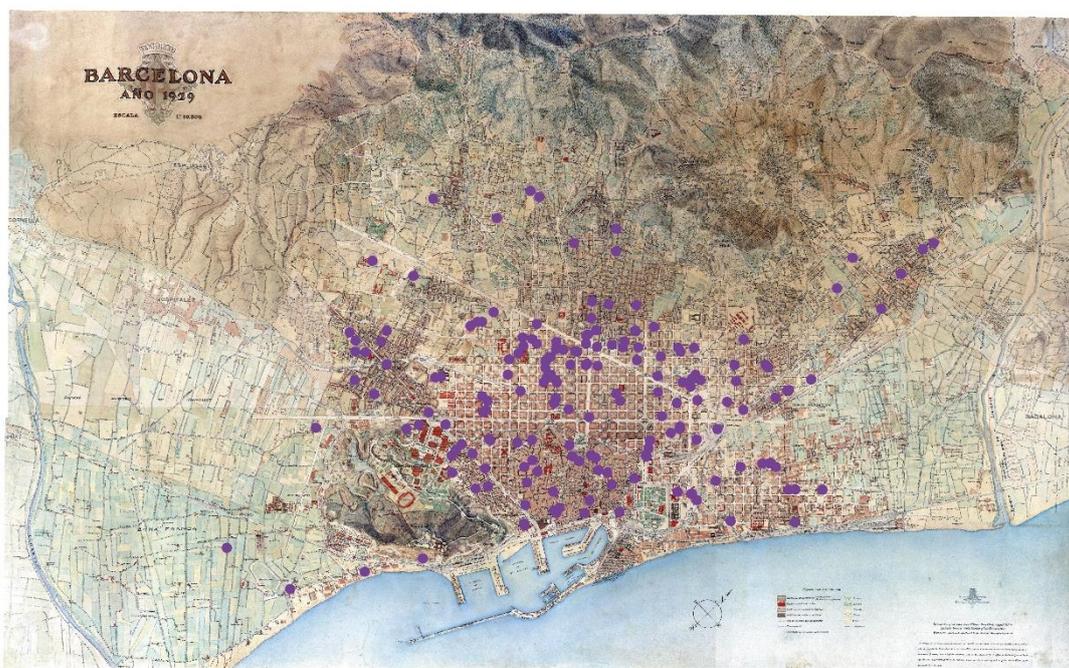


Figura 4.6. Localización de los establecimientos en el sector de los minerales no metálicos. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.7 Sector metalmeccánico

Este es el otro gran sector tradicional de la industria barcelonesa, después del textil. Pau Vila (2003 [1928-1936], p. 65) sostiene que había en ese momento unos 25.000 obreros trabajando en este sector, mientras que Jordi Catalan (1997,

p. 224) aporta la cifra de 40.386 a partir del censo de población de 1930. Con un total de 1.942 establecimientos, da una media de 21 trabajadores por lugar de producción. En el censo obrero de 1905, realizado por el Negociado de Estadística del Ayuntamiento de Barcelona, aparece la cifra de 8.943, lo que da cuenta del crecimiento sectorial durante el primer tercio del siglo XX. Buena parte de ese aumento se debe a la instalación durante ese periodo de algunas de las fábricas más grandes que se han ubicado en el municipio de Barcelona, como *Rivière y C^a* en Can Tunis, *La Maquinista Terrestre y Marítima* en Sant Andreu, la *Unión Naval de Levante* en el puerto o *Hispano-Olivetti* en el Poblenou (fichas 2, 13, 14 y 39 del Anexo). Esos nodos principales estimularon la constitución de un gran número de otras pequeñas fábricas y talleres que producían componentes para ellas. Este sistema es extensible al sector del material de transporte, que se analiza a continuación.

Existían considerables concentraciones de establecimientos en casi todas las áreas de la ciudad: el casco antiguo, la Barceloneta, Sants-Hostafrancs-La Bordeta, Gràcia, Sant Andreu, el Poblenou, Clot y Camp de l'Arpa y l'Eixample (Figura 4.7). Aunque la localización preferente era en los cascos urbanos de cada una de estos barrios, y ello se aprecia muy bien, por ejemplo, en Sarrià, algunas áreas suburbanas en Les Corts, Gràcia, Horta o Sant Andreu también poseían una importante densidad de establecimientos atendiendo a la exigua urbanización existente en esos lugares a finales de la década de 1920. También en la Zona Franca, cuya concepción y parcial realización es un elemento importante de la política urbana que se explica en el capítulo 5, este sector tenía una presencia por encima de la media del resto de sectores.

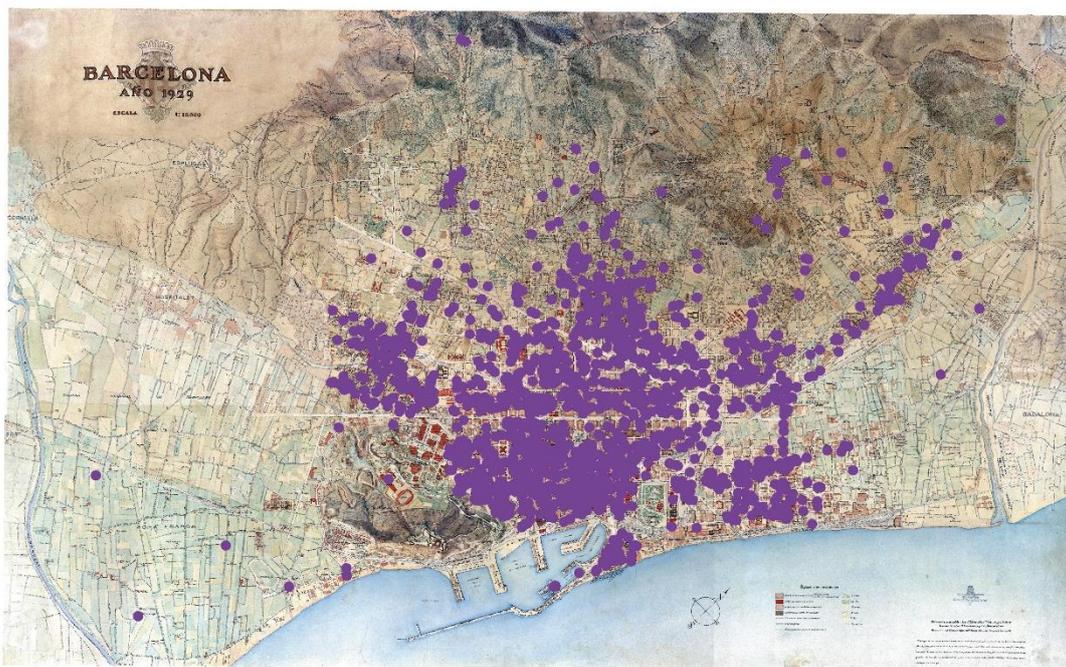


Figura 4.7. Localización de los establecimientos en el sector metalmeccánico. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.2.8 Sector del automóvil y material de transporte

En el sur de Gràcia y la Dreta de l'Eixample se observa la mayor concentración en la ciudad de este sector (Figura 4.8). Ese es el lugar en el que se ubicaba una de las fábricas pioneras de Barcelona, la *Elizalde* (ficha nº 8 del Anexo). El resto de áreas del centro (Esquerra de l'Eixample y casco antiguo) también estaban bien representadas. En este último, especialmente en las calles cercanas al Paseo de Colón y el puerto, así como en la Barceloneta, la localización de estos establecimientos estaba más ligada al subsector naval -de una larga tradición en la ciudad- que al del automóvil, cuya emergencia apenas comenzaba a finales de la década de 1920. Se observa el eje de la calle Gran de Sant Andreu, seguramente en relación con la instalación en 1908 de la fábrica de *La Hispano-Suiza* en el barrio de la Sagrera (ficha nº 9 del Anexo). El Clot-Camp de l'Arpa también tenía una considerable presencia de este sector, así como la Marina de Sants en la actual Zona Franca, que a partir de los años 1950 fue el emplazamiento de la principal empresa española del sector, *SEAT* (ver Anexo, ficha nº 46 y Catalan

2006). En el Poblenou el patrón estaba poco definido, pero en este barrio se localizaba la otra gran empresa del sector: *Sociedad Material para Ferrocarriles y Construcciones*, conocida popularmente como *Can Girona*, que en 1947, tras una fusión con una sociedad valenciana, pasó a denominarse *MACOSA* (ficha nº 42 del Anexo). En el censo obrero de 1905, de los 24.533 trabajadores computados en este sector, un 73% se dedicaba a la construcción y mantenimiento del transporte terrestre, en el que el ferrocarril tenía un protagonismo destacado. Otro 18% estaba dedicado al material marítimo y tan solo un 9% fabricaba aparatos de transporte, entre los cuales cabe añadir los automóviles. Como es conocido, la estructura de este sector cambió drásticamente con la popularización del consumo de los automóviles turísticos, más avanzado el siglo XX (ver capítulo 5). El hecho de que en 1929 se hayan encontrado 335 establecimientos industriales significa que con una media de 73 trabajadores por cada uno de ellos, este sea, junto con la construcción, el sector con una mayor dimensión media de establecimientos atendiendo a la dimensión laboral.

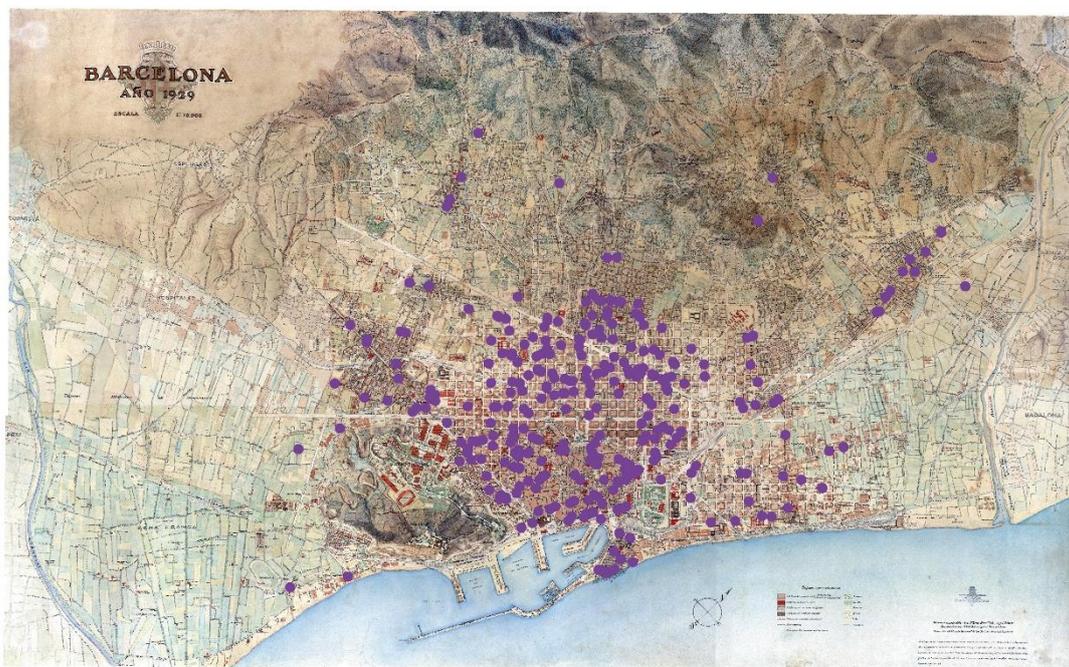


Figura 4.8 Localización de los establecimientos en el sector del automóvil y material de transporte. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillièrè-Riera Reunidos (1929).

4.2.9 Sector de los muebles y resto de manufacturas

Además de la fabricación de muebles, este sector incluye el resto de manufacturas que no son incluidas en los demás sectores, como las joyas, los juguetes, los instrumentos musicales, las herramientas de uso doméstico o las lámparas. Gràcia y Sants, además del casco antiguo de Barcelona, concentran la mayoría de los establecimientos (Figura 4.9). En Hostafrancs se localizaba una de las principales fábricas del sector: *Lámparas Z* (ver Anexo, ficha nº 51). El carácter artesanal de muchas de estas manufacturas en los años 1920 es un factor explicativo de por qué estos barrios tenían aún tantas actividades de este tipo. En Poble Sec y Sant Antoni también se observa una considerable concentración, así como en el resto de barrios del Eixample, en especial la actual Antiga Esquerra, donde se estableció la fábrica de juguetes *Lehmann* (ficha nº 31 del Anexo; Tatjer y Sánchez 2017).

En el Poblenou se marcan los dos ejes industriales principales: la calle Pere IV y la Rambla. Existían establecimientos en las áreas suburbanas de Sarrià y Sant Gervasi de Cassoles, el lugar donde históricamente se ha concentrado la residencia de las clases altas de la ciudad, así como en las de Horta y Sant Andreu, con una naturaleza contrapuesta a las anteriores porque ya se había iniciado en aquel momento el proceso de formación de barrios de residencia obrera. En este sentido, la versatilidad del sector es un indicio de sus horizontalidades, o sea, de su relación directa con la vida cotidiana de los habitantes de sus respectivos barrios. En el censo obrero de 1905 aparecen 6.041 trabajadores en este sector, 2.686 en el subsector del mueble. Con un total de 984 establecimientos, la media de trabajadores por cada uno de ellos es de 6.

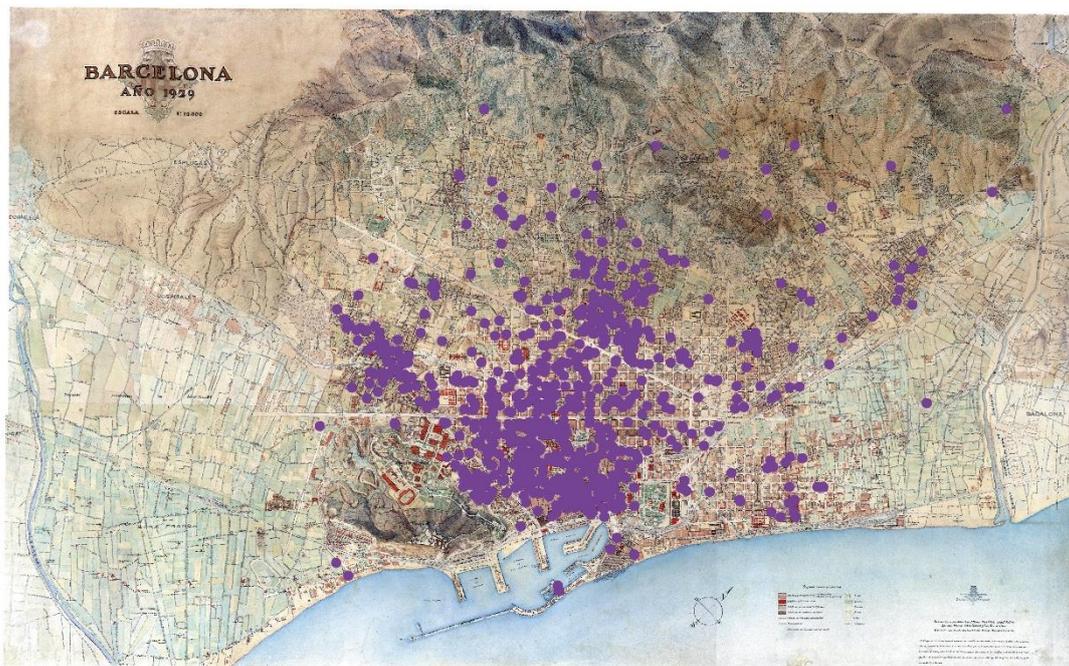


Figura 4.9. Localización de los establecimientos en el sector de los muebles y resto de manufacturas. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillièrre-Riera Reunidos (1929).

4.2.10 Sector de la construcción y suministro de energía

Este era un sector con pocos establecimientos (406, un 3,54% del total), pero de considerables dimensiones en cuanto a mano de obra empleada. En el censo obrero de 1905 había 17.453 trabajadores repartidos de la siguiente forma: 15.229 en el subsector de la construcción y 2.224 en el subsector de las *fuerzas físicas* o el suministro de energía, gas y agua. En el censo de la población de 1930, tan solo en la construcción de edificios la cifra se había incrementado hasta los 29.287, lo que da buena cuenta los cambios urbanísticos que se estaban produciendo esos años en la ciudad, ligados al proyecto de la Exposición Internacional de 1929, y de la atracción de trabajadores de Barcelona.⁴⁵

⁴⁵ La tesis doctoral de Xavier Tafunell *La construcción residencial en el crecimiento económico en Barcelona: 1854-1897* (1988) es el antecedente básico para el estudio de las implicaciones sociales del desarrollo del sector de la construcción en la ciudad de Barcelona.

Atendiendo a estos datos, la dimensión media de los establecimientos del sector era de 72 trabajadores.

En Sants y otros barrios cercanos, como la Fransa o Les Corts, se observa una aglomeración que seguramente tenga que ver con el hecho de que no muy lejos de allí se celebró la Exposición (Figura 4.10). Lo mismo puede decirse de la calle Pere IV, pero en este caso no parece posible aducir la misma causa, sino que hay que buscarla en el hecho de ser uno de los principales ejes industriales de la ciudad, con una densa y diversificada red de fábricas y talleres. No se observa ninguna otra aglomeración, y existía una difusión hacia áreas suburbanas de Sants, Sant Martí, Gràcia y Horta. En esta última se encontraba la *Bòbila Carmen*, dedicada a la fabricación de ladrillos y otros materiales de construcción (ver Anexo, ficha nº 36). En el resto de la ciudad, destaca la Plaza Cataluña por ser la sede de algunas de las empresas de este sector, algunas de las cuales operaban en el resto de la provincia. Un ejemplo es la *Compañía Barcelonesa de Electricidad*, cuyo carácter estratégico fue mencionado en el primer apartado del capítulo. En este caso la planta productora de electricidad se encontraba en la actual avenida del Paralelo (ficha nº 27 del Anexo).

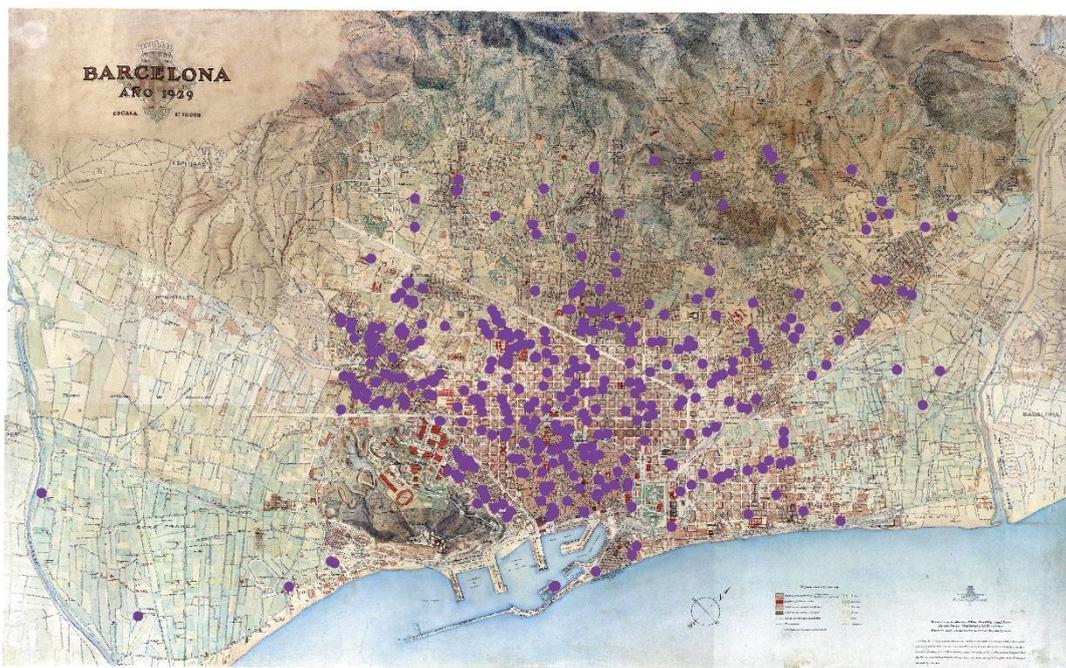


Figura 4.10. Localización de los establecimientos en el sector de la construcción y el suministro de energía. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillière-Riera Reunidos (1929).

4.3 La Barcelona industrial en 1929

El mapa de síntesis muestra la densidad de establecimientos industriales en la Barcelona de 1929. Se observa con claridad, desde un punto de vista territorial, la especialización de la ciudad en la industria manufacturera durante el periodo de la producción en masa (Figura 4.11). Destaca la gran aglomeración en el casco antiguo de la ciudad. En su interior pueden diferenciarse hasta tres núcleos distintos: la Ribera, Sant Pere y el Raval. La difusión hacia los barrios del Eixample más cercanos al casco antiguo (Sant Antoni, L'Esquerra y la Dreta) también es observable, con concentraciones relativamente importantes, al igual que en la Barceloneta. Como era de esperar, también destacan como barrios industriales de Sants y Hostafrancs, Gràcia, el Poblenou, El Clot y Camp de l'Arpa y Sant Andreu. Con menor intensidad, los pequeños cascos urbanos de Les Corts, Sarrià y Horta también aparecen representados.

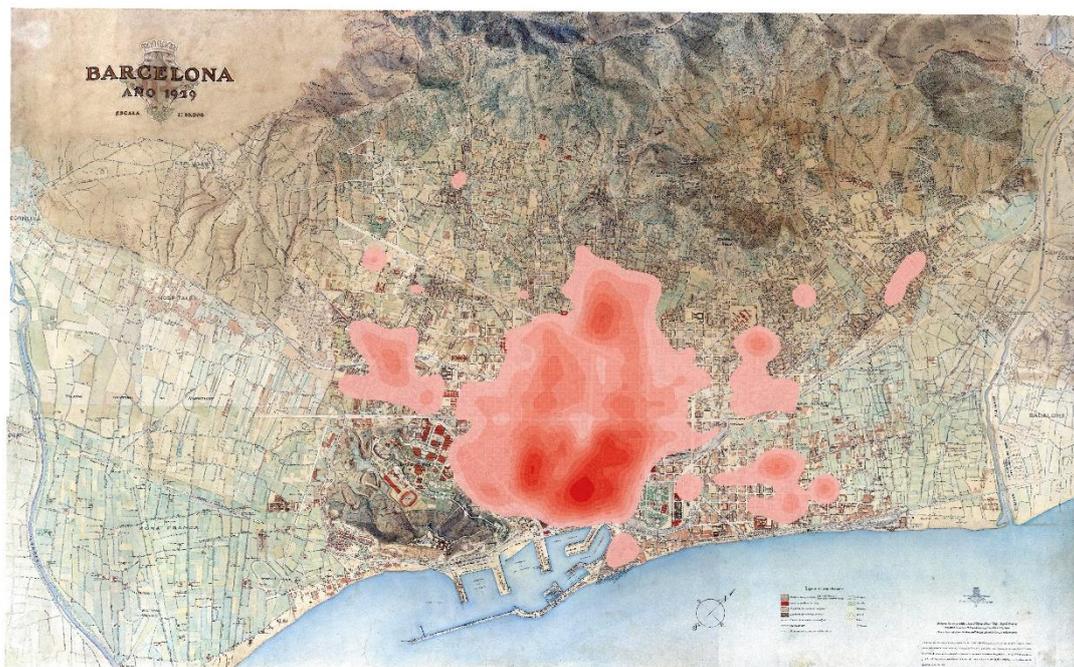


Figura 4.11. Densidad de establecimientos industriales en la Barcelona de la producción en masa. Fuente: elaboración propia a partir de Anuarios Bailly-Baillièrre-Riera Reunidos (1929).

La visión de conjunto es la de un municipio que actuaba como centro de un sistema productivo (Nadal, Benaül y Sudrià 2012, p. 161 y ss.), en el cual las empresas distribuían sus distintas unidades según las necesidades de sus respectivas actividades: en el área central de la ciudad existía una mezcla de lugares de comando y de transformación, y en los barrios periféricos predominaban los establecimientos de transformación y de almacenamiento, debido a la mayor disponibilidad de espacio. El precio del suelo, la disponibilidad de mano de obra cualificada y la proximidad a las infraestructuras del transporte son los demás factores que influyeron en el establecimiento de la estructura espacial de la producción que se analiza en este capítulo.

Sector	Trabajadores 1905	Establecimientos 1929 (% sobre el total)	Trabajadores 1930	Dimensión media establecimientos 1929
Alimentación, bebidas y tabaco	8.129	650 (5,68)	8.698	13,38
Textil, calzado y confección	59.581	2.395 (20,91)	67.301	28,10
Madera y papel	6.642	1.798 (15,69)	11.553	6,43
Artes gráficas	7.495	1.899 (16,58)	12.018	6,33
Químico y farmacéutico	3.399	863 (7,53)	9.106	10,55
Minerales no metálicos	3.069	184 (1,61)		16,68
Metalmecánico	8.943	1.942 (16,95)	40.386	20,80
Automóvil y material transporte	24.533	335 (2,92)		73,23
Muebles y demás manufacturas	6.041	984 (8,59)		6,14
Construcción y suministros energía	17.453	406 (3,54)	29.287	72,14
Total	145.285	11.456 (100)	178.349	15,57

Tabla 4.1. Resumen de los datos por sectores de actividad. Fuentes: Censo obrero de 1905, en *Anuario Estadístico de la Ciudad de Barcelona* (p. 599-632); Profesiones, comercio, industrias y propietarios por orden alfabético, en *Barcelona en el año de la Exposición Internacional 1929* (p. 1.459-2.193); Catalan, J. (1997, p. 224) a partir del *Censo de la población de España el 31 de diciembre de 1930*.

Los datos numéricos sobre las profesiones apoyan esa afirmación (Tabla 4.1). Barcelona fue el primer municipio español en superar el millón de habitantes: según los datos del censo de población de 1930, tenía un total de 1.005.565 habitantes. De ellos, 488.797 (un 48%) formaban la población activa, cuyo reparto entre grandes sectores económicos era la siguiente: 1% en el sector primario, 72% en el sector secundario (un total de 350.721 censados que declaraban tener una profesión relacionada con las industrias manufactureras) y un 27% en el sector

terciario. En cuanto a la población efectivamente ocupada, los datos que presenta Jordi Catalan (1997, p. 224) suman un total de 178.349. Con 11.456 establecimientos computados para 1929, la dimensión media de las fábricas y talleres de la ciudad sería de 15 trabajadores. Más allá de los datos totales, un análisis por sectores refuerza esa visión de conjunto de Barcelona como centro de un sistema productivo complejo y diversificado, en el que los dos sectores tradicionales -el textil y el metalmecánico- aún lideraban una economía urbana que, por otro lado, se mostraba dinámica con el crecimiento de sectores emergentes en ese momento como el químico, el del automóvil y la electricidad.

5. La política urbana

Tras la caracterización de la estructura espacial de la producción, a continuación se presenta un análisis de las propuestas en materia de política urbana de los principales agentes de Barcelona durante la época de la producción en masa. Las diferentes clases sociales disponían de sus intelectuales orgánicos, con sus complejas relaciones entre ellos, que trataron de legitimar un determinado tipo de intereses (Benjamin 2004 [1966]; Grau 2006, 2008). El texto se organiza en tres partes: en primer lugar, una contextualización sobre el periodo histórico, que desde el punto de vista cultural-ideológico se ha definido como la última etapa de la modernidad.⁴⁶ En segundo lugar, se presentan las ideas de las élites locales, que dominaron el discurso sobre lo urbano durante todo el periodo y que en una primera etapa estaban lideradas por los industriales y más tarde fueron copadas por otro agente urbano: los propietarios y gestores del suelo. En tercer lugar, se tiene en cuenta el punto de vista de la clase obrera, desde la cual también se hicieron aportaciones en este sentido, aunque quedaran en una posición marginal.

⁴⁶ La discusión sobre la noción de modernidad ha generado una amplísima literatura, cuyas consideraciones más abstractas son tangenciales al análisis que se realiza en esta investigación. No obstante, conviene definir qué se entiende por modernidad, por tratarse de un concepto utilizado recurrentemente en la exposición. Según Bolívar Echeverría (2009, p. 7-8): «La modernidad es la característica determinante de un conjunto de comportamientos que aparecen desde hace ya varios siglos por todas partes en la vida social, y que el entendimiento común reconoce como discontinuos e incluso contrapuestos –ésta es su percepción- a la constitución tradicional de esa vida, comportamientos a los que precisamente llama “modernos”. Se trata, además, de un conjunto de comportamientos que estaría en proceso de sustituir a esa constitución tradicional, después de ponerla en evidencia como obsoleta, es decir, como inconsistente e ineficaz. Puede ser vista también, desde otro ángulo, como un conjunto de hechos objetivos que resultan tajantemente incompatibles con la configuración establecida del mundo, de la vida, y que se afirman como innovaciones sustanciales llamadas a satisfacer una necesidad de transformación surgida en el propio seno de ese mundo.»

5.1 Contextualización

Tanto en el seno de la burguesía como de las clases trabajadoras, a lo largo del siglo XIX conceptos como progreso o revolución fueron considerados algo más que mera retórica, fueron referentes reales de la acción política. Durante el primer tercio del siglo XX, el proyecto moderno llegó a una etapa de culminación. Se realizaron propuestas en todos los ámbitos de la vida social; muchas de ellas fracasaron, pero otras prosperaron, aunque sea de manera parcial. Esto es aplicable también a la política urbana (Grau 2002, p. 26), entendida como el modelo ideal de ciudad que guía los programas políticos concretos. Se puede argumentar que en esos años se propusieron las líneas maestras de los principales modelos urbanos modernos, que aún siguen vigentes en la actualidad. Algunos de ellos iban en la línea de profundizar las relaciones sociales capitalistas bajo la forma de la ciudad industrial, pero otros plantearon una crítica y enmienda de esta, como la ciudad jardín de Ebenezer Howard (1898).⁴⁷ Como se trata de mostrar en este capítulo, Barcelona no fue una excepción a esta tendencia internacional.

En esta época se conceptualizó el modelo de la *ciudad del capital*, que ha sido el hegemónico desde entonces, así como los modelos alternativos, con un recorrido más modesto pero que también han llegado a nuestros días. La industrialización, el proceso económico más característico de la modernidad, trajo el crecimiento urbano. En aquel momento se veían como diferentes etapas, casi indistinguibles, de un mismo proceso conducente al progreso humano. Pero la modernidad capitalista que se materializó en este periodo era solo una de las posibles modernidades (Echeverría 2001, p. 233). En los primeros años del siglo

⁴⁷ En Barcelona el proyecto de Howard fue impulsado por Cebrià de Montoliu y la Sociedad Cívica la Ciudad Jardín desde 1912 (Ramos Gorostiza 2008, p. 86), y fue una de las influencias del modelo hegemónico de ciudad desde 1914, aunque finalmente las élites locales se decantaron por seguir el modelo prusiano de la *Gross-Stadt* (Roca 1979, p. 28).

XX, los movimientos políticos inspirados en filosofías revolucionarias se enfrentaron a las élites burguesas para disputarle la hegemonía sobre el modelo de organización social, proponiendo modelos alternativos que se conformaron como un referente de las luchas sociales posteriores.⁴⁸

Eric Hobsbawm (2017 [1994]) considera el año 1914 como el del inicio del *corto siglo XX*. Estados Unidos se consolidaría como potencia mundial y como modelo de sociedad capitalista y unos años más tarde la URSS, primer estado obrero del mundo, no solo experimentaría una profunda transformación en clave interna, sino que condicionó la geopolítica mundial durante todo el siglo. Mientras, el mundo occidental se estancaba económicamente en el periodo de entreguerras, entre otros motivos, por las características de los Estados Unidos, que no necesitaban un comercio internacional tan intenso como su predecesor, el Reino Unido. En 1929 estalló la mayor crisis del capitalismo hasta ese momento. Fue una crisis de sobreproducción tras cumplir la producción en masa su primer ciclo económico. El *Crack del 29* marcó el resto del siglo XX (Hobsbawm 2017 [1994], p. 93). Preparó a las sociedades occidentales para el fascismo y desterró al liberalismo económico durante medio siglo, hasta los años 1970, justo cuando da inicio el segundo periodo de estudio de esta tesis. A pesar de todo, la tendencia marcaba una subida de los salarios de las clases trabajadoras urbanas, y consecuentemente lo hizo también su capacidad de consumo. Profundos cambios en los estilos de vida de las sociedades occidentales se produjeron en estos años, algunos de ellos derivados de la aparición del tiempo de ocio (de

⁴⁸ En Barcelona, con un gran peso del anarquismo entre las clases populares, se produjeron importantes conquistas sociales, como por ejemplo la legislación sobre la jornada laboral de 8 horas, conseguida tras una huelga de los trabajadores de la empresa eléctrica *La Canadiense* (Casals 1994). El conflicto con las clases dirigentes estalló de forma violenta, alimentado por el reaccionarismo de los estratos con mayores privilegios. Estos conflictos sostenidos durante un largo periodo de tiempo hicieron a Barcelona merecedora del apelativo la *Rosa de Fuego*, en referencia al carácter rebelde de la ciudad (Romero Maura 1975).

momento solo para los trabajadores más estabilizados), algo que no existía antes de la reducción de las jornadas laborales. Ese es el contexto en el que se desarrolló el debate teórico entre los miembros de la Escuela de Frankfurt, principalmente Walter Benjamin y Theodor Adorno, sobre la sociedad de masas y la industria cultural (Adorno *et al.* 1977, p. 120). Como apuntaron estos autores en los años 1930, el desarrollo del sistema mediante el establecimiento de la producción en masa trajo consigo el germen de su propia destrucción.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la situación política internacional en los países occidentales cambió. Una nueva sociedad estaba en ciernes. Las visiones pragmáticas dominaron por encima de los posicionamientos en clave ideológica propios del periodo anterior. El contexto estaba marcado por lo que los historiadores han denominado la *Edad de Oro del capitalismo* (Hobsbawm 2017 [1994], p. 260 y ss.): el pacto entre clases que traía consigo un crecimiento económico, regulado por el Estado, cuyo fin no era divisado por sus contemporáneos.⁴⁹ Ello trajo, inevitablemente, unas consecuencias concretas para la política urbana, pues esta se adaptó a los postulados fordistas-keynesianos y las propuestas alternativas al sistema capitalista brillaron por su ausencia. A pesar de la situación especial en la que se encontraba España, también el desarrollismo franquista, después del plan de estabilización de 1959, puede asimilarse de algún modo a la forma en que se renovó el capitalismo en oposición al comunismo, experimentando algunos de los años más exitosos de su historia: a partir de las grandes obras de construcción y reconstrucción.⁵⁰

⁴⁹ Según Eric Hobsbawm (2017 [1994], p. 269): «La característica principal de la Edad de Oro fue que necesitaba grandes inversiones constantes y que, en contrapartida, no necesitaba a la gente, salvo como consumidores».

⁵⁰ Sin embargo, el historiador Josep Fontana (2017, p. 300) escribe lo siguiente: «España tuvo la mala suerte de vivir con el reloj cambiado respecto a la evolución de Europa desde 1914, en que fue uno de los pocos países del continente que quedó al margen de la Primera Guerra Mundial [...] quedó al margen de la reconstrucción de posguerra –ni participó en el Plan Marshall, ni entró

5.2 La Barcelona de las élites

La Guerra Civil española marcó un punto de inflexión en el liderazgo del proyecto de ciudad de las élites de Barcelona. Indiscutiblemente, los industriales fueron el agente urbano clave hasta la Guerra, y después de ella los propietarios del suelo emergieron hasta conseguir el control político, en connivencia con las autoridades franquistas. Las implicaciones en términos de producción del espacio urbano que supuso ese cambio de liderazgo es uno de los aspectos centrales del enfoque analítico que se presenta a continuación.

5.2.1 La *Gross-Barcelona*

En 1901, el catalanismo político de corte conservador accedió por primera vez al poder en el Ayuntamiento de Barcelona a través de las elecciones locales que ganó la recién creada *Lliga Regionalista*. En ese momento comenzó el proyecto de construcción del discurso y la imagen sobre la Barcelona moderna, como un elemento necesario para la construcción física de la ciudad en coherencia con los intereses políticos que defendía este partido. Según Francesc Roca (1979, p. 20) el interés último de la burguesía barcelonesa iba más allá de la consecución de ese objetivo, y estaba encaminado a tener influencia en la evolución política del estado español. Según la terminología gramsciana utilizada por Roca, se trataba de construir un bloque urbano dominante dentro del bloque histórico. En 1901 tan solo existían unas hipótesis, glosadas por Enric Prat de la Riba, uno de los principales intelectuales de la burguesía de la época, sobre cómo

a formar parte de la Comunidad Europea. Y no compartió las tres décadas de crecimiento y progreso que vivió la Europa occidental entre 1945 y 1975.» Se trata, pues, de un desarrollo geográfico desigual respecto a las potencias europeas desde la Primera Guerra Mundial (cuando los industriales barceloneses aprovecharon la neutralidad de España para cosechar unas ganancias extraordinarias) hasta los años 1980, cuando el país entró en las principales instituciones internacionales. Conviene no olvidarlo para entender el devenir concreto de Barcelona respecto a otros casos de ciudades industriales europeas.

responder a la pérdida de los mercados coloniales y sobre la voluntad de construir ese bloque urbano hegemónico. Hasta 1914 no se dieron las condiciones para iniciar proyectos a largo plazo.

Eugeni d'Ors, ideólogo del *Noucentisme*, el movimiento cultural que estaba detrás de este proyecto, era plenamente consciente de que la construcción de la imagen de la ciudad es una cuestión política (Roca i Albert 2004, p. 29).⁵¹ Para los defensores del *Noucentisme* la noción de equilibrio sustituía a la de progreso –la que más importancia había tenido durante el siglo XIX (Grau 2002, p. 26). En su dimensión espacial, el equilibrio se traducía en simetría y proporción entre las partes. Ello tenía unas claras implicaciones sobre la relación de Barcelona con el resto de Cataluña: se perseguía una ciudad tranquila y tradicional, en armonía con la población del resto del país. A pesar de la voluntad de contención por parte de sus élites, en ese periodo Barcelona siguió la tendencia opuesta, experimentando uno de los crecimientos más grandes de su historia.

La *Lliga* tomó como referencia de modernidad la ciudad de París. En este sentido, pueden trazarse claras conexiones entre la burguesía de Barcelona y los análisis de Walter Benjamin sobre la superestructura cultural que se reseñan en el marco teórico de esta tesis (ver capítulo 3).⁵² Se trataba concretamente, según Enric Prat de la Riba y Francesc Cambó (otro de los principales líderes de la burguesía barcelonesa), de construir la *París del mediodía*, convirtiendo a la ciudad, a partir de un nuevo urbanismo, en una capital nacional burguesa (Roca 1990, p. 521; Roca i Albert 2002, p. 34). En este sentido, Barcelona disponía de una ventaja respecto a otras ciudades mediterráneas: la existencia de la nación

⁵¹ Para un desarrollo de este tema durante el período postmoderno, puede consultarse la tesis doctoral de Núria Benach: *Ciutat i producció d'imatge: Barcelona 1979-1992* (1997).

⁵² Para David Harvey (2003, p. 18) el estudio del París del siglo XIX es interesante para entender de qué forma la modernidad y el capital se unieron en un lugar y un momento determinados y para entender cómo las relaciones sociales y las imaginaciones políticas se desarrollaron a partir de entonces en el mundo occidental.

catalana, que históricamente cohesionó y reforzó el proyecto económico de su capital.⁵³

A inicios del siglo XX, el programa político para Cataluña del partido industrial, nombre alternativo con el que Joaquín Maurín, secretario general del POUM, denominó a la *Lliga Regionalista* por el hecho de que la gran mayoría de los fabricantes catalanes militaban en sus filas (1977 [1932]), se resumía en siete puntos, la mayoría de ellos pensados desde y para la ciudad de Barcelona (a partir de Roca 1990, p. 522): conseguir un consejo regional para organizar la construcción de obras públicas y las enseñanzas técnicas, unos municipios plenamente autónomos, las competencias en la enseñanza pública, una zona neutral en el puerto de Barcelona, solucionar la representación parlamentaria de la capital catalana, la cesión de las Atarazanas y el Castillo de Montjuïc, y organizar una nueva exposición universal, después del éxito que se consideraba que había tenido la de 1888. Se observa como las cuestiones infraestructurales preocupaban de forma pareja a como lo hacían los temas ligados a la construcción ideológica.

El Plan Jaussely (1907) fue un plan-idea que concretó en lo urbanístico la ideología imperante en esta propuesta de ciudad pensada por las élites económicas. Contiene los elementos que definieron a partir de 1914 el modelo de la *Gross-Barcelona*,⁵⁴ hegemónico hasta los años 1930: la zona franca en el

⁵³ Este es, de hecho, el tema central de la extensa y fundamental obra de Pierre Vilar *Catalunya dins l'Espanya moderna: recerques sobre els fonaments econòmics de les estructures nacionals* (1964-1968).

⁵⁴ Francesc Roca (1979, p. 28) utiliza esta denominación para referirse al modelo de ciudad que la burguesía de Barcelona desarrolló durante el primer tercio del siglo XX, con elementos del socialismo municipal anglosajón, del que la ciudad jardín es el resultado más emblemático, y sobre todo, de la economía historicista alemana, en el seno de la cual apareció la propuesta de la *gross-stadt*, denominado modelo prusiano por el mismo Roca, y que en definitiva es un programa de actuaciones conducentes a maximizar la acumulación capitalista en el espacio urbano. El mismo Roca (1998, p. 205) ha definido como la *taylorización de la ciudad* el proceso conducente

puerto, la transformación de Montjuïc en un parque urbano y la reforma interior del casco antiguo. Su aprobación fue un triunfo de los detractores del Plan Cerdà (1859), que estaban en contra del igualitarismo subyacente a dicho proyecto y que se habían dedicado a boicotarlo desde sus inicios. Apostaban por una ciudad jerarquizada con características policéntricas, que permitiera la segregación funcional de sus diferentes unidades en función de los intereses de las autoridades, en la línea de lo que el Plan Hausmann (1852) proponía para París. Hasta cierto punto, si la aplicación de estos valores fue posible, según argumenta Ramon Grau (1974, p. 31) es porque el Plan Cerdà permitió concesiones a la burguesía en la construcción de la sociedad industrial. El ingeniero catalán habría desarrollado estrategias para evitar la confrontación para que su plan saliera adelante que en última instancia habrían dotado a los representantes de esa burguesía de un poder decisivo (ver también Grau 2002, p. 27-28).

Posteriormente, el Plan Macià (1932-35), promovido por el *Grup d'Arquitectes i Tècnics Catalans per al Progrés de l'Arquitectura Contemporània* (GATCPAC), fue una propuesta alternativa global a la *Gross-Barcelona*. Los servicios colectivos en los barrios obreros eran uno de sus elementos fundamentales, así como el traslado de la industria del centro de la ciudad hacia los futuros polígonos industriales de la Zona Franca y Sant Andreu, para mejorar las condiciones de habitabilidad de las clases populares. Sin embargo, nunca fue aprobado por la autoridad competente a inicios de los años 1930, la Generalitat republicana, debido a las complejas circunstancias políticas del momento. A pesar

a la racionalización del transporte, la alimentación, la vivienda, la sanidad y la educación en la ciudad, con el objetivo de generar más trabajo en menos tiempo. En Barcelona falló un elemento fundamental para completar ese proceso: los salarios altos para que los trabajadores, siguiendo a Gramsci, se conviertan en seres maquinales que sigan esa racionalización.

de ello, según Amador Ferrer y Oriol Nel·lo (1991, p. 14), se trata del primer intento de organización de la Barcelona moderna a escala metropolitana.

Hasta los años 1920, los fabricantes oponían públicamente sus intereses a los de los propietarios del suelo, denunciando los males que traía a la ciudad la especulación con las rentas generadas por el suelo (Massana y Roca 1971, p. 219). Una muestra de la capacidad de agencia de los industriales barceloneses fue la urbanización planificada con motivo de la Exposición Internacional, aprobada por el Ayuntamiento en 1914, y prevista inicialmente para 1917, aunque las vicisitudes históricas no posibilitaron su realización hasta 1929. La junta directiva de la Exposición fue controlada por las principales empresas productivas del momento, mostrando su potencia independientemente de no poseer el poder político del Estado. Por ejemplo, la familia Muntadas, propietaria de La España Industrial, tuvo un destacado papel en esa junta directiva (Carreras 1980, p. 73). Fue una exposición dedicada a las industrias eléctricas, que se encontraban en su eclosión. La dirección del evento tenía unos claros objetivos económicos: dar a conocer al mundo sus productos para captar inversión más allá de las fronteras españolas. Pero para Cambó era la oportunidad de avanzar en un nuevo orden de magnitud hacia los intereses urbanísticos de la clase social que defendía. Según sus propias palabras, la situación permitía una auténtica *dictadura edilicia*. De esta forma era posible alinear «*una complexa correlació d'interessos immobiliaris, industrials i financers*» (Roca i Albert 2002, p. 38).

La cuestión de la proyección internacional se colocó en el centro de la propuesta política. En este sentido, las élites barcelonesas se sirvieron de una institución clave para promocionar su concepción de Barcelona en los mercados internacionales: la Sociedad de Atracción de Forasteros (Barjau 1997, p. 214; Roca i Albert 2012, p. 235; Navas 2014, p. 2). Esta entidad, cuya misión quedó bien fijada en su nombre, participó en la promoción de la Exposición. El evento también se aprovechó, pues, para proyectar la imagen de la ciudad que se

pretendía exportar a modo de producto. El texto que introduce el documento que se ha utilizado como fuente básica para el estudio de la Barcelona industrial, que se analiza en el capítulo 4, da buena cuenta de ello y es firmado, precisamente, por la Sociedad de Atracción de Forasteros.

Un fragmento representativo del tono épico que se utilizó es el siguiente: «Barcelona es, aparte del casco antiguo donde ceda los recuerdos del pasado, una urbe eminentemente moderna que ostenta un soberbio Ensanche con vías larguísimas y anchurosas, pobladas de árboles y cuajadas de ricas construcciones que cantan la opulencia de su presente. Una red de transportes eléctricos, de autobuses y metropolitanos, muy bien tramada, pone en comunicación constante el centro de la capital con los suburbios, eminentemente fabriles unos, deleitosos y poblados de chalets y quintas de recreo otros [...] Barcelona con sus arrabales, que fueron pueblos ayer, y ha ido absorbiendo en su constante desarrollo, ocupa una extensión que excede de 73 kilómetros cuadrados, no muy inferior a la de París; es, por lo tanto, una capital que sobrepaja por todos conceptos a sus rivales Marsella y Génova. Su afán de modernización, su actividad y cosmopolitismo le permite aspirar a convertirse, dentro de un breve plazo, en uno de los grandes emporios europeos, centro de especulación importantísimo con su Puerto Aéreo y su Puerto Franco, éste próximo a funcionar» (Anuarios Bailly-Baillière y Riera Reunidos, S.A. 1929, p. 4).

Los empresarios industriales siempre tuvieron buenas conexiones con el régimen político, aunque este fuera cambiante.⁵⁵ Por ejemplo, apoyaron masivamente en 1923 el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera como

⁵⁵ En este sentido, es interesante el testimonio que Agustí Calvet, *Gaziel*, ofrece en *Història de la Vanguardia* (2016 [1971]), periódico de referencia en Cataluña sobre el que explica, en su opinión, que el elemento clave para entender su éxito durante todo el siglo XX es precisamente la habilidad de la familia propietaria, los Godó, para modular su discurso a conveniencia para ocupar siempre una posición moderada, complaciente con los líderes políticos en cada momento, pero que permitiera una cierta distancia estratégica.

manera de vencer el violento enfrentamiento sostenido con la clase obrera en los años precedentes. No obstante, la relación de la burguesía barcelonesa con las fuerzas dominantes en el estado español era compleja, por la necesidad que tenían la una de la otra y por las contradicciones inherentes en sus respectivas prácticas políticas (Roca 1990, p. 516). En general, cuanto más alta burguesía, más mimetizada se encontraba con los intereses dominantes a escala estatal. Y al revés, cuanto más pequeña burguesía, más integrada estaba en las lógicas de la autonomía local (Cabana 1996). Las buenas familias de Barcelona, nombre con el que se conocían las élites que controlaban la economía de la ciudad, ostentaban y ejercían su hegemonía cultural e influyeron decisivamente en el estilo de vida de los barceloneses (McDonogh 1986, p. 183). Por el hecho de naturalizar sus valores consiguieron materializar en buena medida su modelo de ciudad (McDonogh 1986, p. 165): la segregación social, entendida como ese orden y equilibrio que defendía el *Noucentisme* (Figura 5.1) fue uno de los vectores que organizó la política urbana de las clases dominantes.



Figura 5.1. Anteproyecto general de distribución de edificios en el área urbana destinada a exposición. Fuente: Anuario Estadístico de la ciudad de Barcelona 1917 (p. 240).

Los últimos años de la década de 1920 se caracterizaron por la existencia de un flujo constante de inmigración en la ciudad. Al inicio, los inmigrantes provenían de las áreas rurales del resto de Cataluña, pero en los años inmediatamente anteriores a la Exposición Internacional de 1929 comenzó a llegar una gran cantidad de personas provenientes de los lugares más empobrecidos de España, principalmente de la región de Murcia, que encontraron precarios empleos en la construcción de los nuevos atractivos de la ciudad, entre los cuales cabe destacar las dos primeras líneas del ferrocarril metropolitano. En esos años de gran crecimiento urbano se sentaron las bases de una segregación espacial entre una *Barcelona autóctona*, constituida por el Eixample, los núcleos urbanos de los antiguos municipios del llano de Barcelona y la parte central de Ciutat Vella, y una *Barcelona inmigrante*, que se asentaba en los barrios populares de Ciutat Vella, la periferia de los antiguos municipios del llano de Barcelona, y en las casas baratas y los barrios de barracas que eran

construidos por los mismos inmigrantes de menos recursos económicos en Montjuïc, las playas, o cualquier otro lugar posible (Tatjer 2003, p. 32-33).

Existía ya un circuito inferior y un circuito superior de inmigración, ya que –aunque no tan numerosos– los inmigrantes de mayor poder adquisitivo tenían una pauta de localización muy determinada desde el punto de vista residencial: la gran mayoría podían encontrarse en Sant Gervasi y alrededores (*Ibidem*). Es interesante señalar la forma selectiva a partir de la cual se construyó el modelo de la Barcelona moderna: sobrexponiendo algunos elementos, relacionados con la ciudad autóctona, donde vivían los fabricantes y las clases trabajadoras menos marginalizadas y, por lo tanto, más expuestas a una voluntad de emulación de las pautas de comportamiento de las clases dominantes, y invisibilizando otros, los de los obreros recién llegados de otros lugares del estado, con unos patrones culturales distintos que eran tomados por las élites locales como una amenaza al proyecto político del partido industrial y, por lo tanto, ni siquiera tomados en consideración como propios de la ciudad de Barcelona.

Otra de las variables a tener en cuenta, al menos desde 1920 y durante el franquismo, es la especulación de los propietarios del suelo.⁵⁶ Se trata de un agente clave, ya que controla el elemento básico para la producción urbana y, en un mundo crecientemente mercantilizado, su estrategia principal consiste en operar con sus propiedades con el objetivo de adquirir rentas diferenciales (Massana y Roca 1971, p. 214). Según Prat de la Riba los intereses de los propietarios del suelo eran mejor defendidos por el partido industrial que por los

⁵⁶ Según Massana (1989, p. 491), en los años 1920 se agotó el ciclo del empresariado *shumpeteriano* en Barcelona y dio inicio el ciclo de la captura de rentas. En otras palabras, la economía especulativa comenzó a dominar por encima de la economía productiva. Francesc Cabana (1996) señala la pérdida creciente de protagonismo de la burguesía industrial en Barcelona a medida que avanzó el siglo XX, que nada tenía que ver con el que tuvo durante el siglo XIX. Esta es otra posible línea de interpretación de la dinámica que operó dentro de las élites locales, entre los diferentes grupos que la integraban y sus relaciones de poder.

partidos de la Restauración, especialmente el partido conservador, que había despertado las mayores simpatías entre este segmento de la sociedad. Para el dirigente de la *Lliga* no había contradicción en la búsqueda de la «*millora de la rendibilitat del capital industrial i de les rendes del sòl*» (Roca 1990, p. 518). Sin embargo, después de la Guerra Civil española la balanza se desequilibró hacia el segundo grupo, ya que el contexto de intervencionismo estatal -que se daba en todo el mundo occidental pero que en España tenía unas características propias, como ya se ha señalado- le favorecía. Francesc Roca (1979, p. 208) sostiene que el fracaso de la burguesía en la lucha contra estos agentes captadores de rentas es uno de los aspectos que explican el debilitamiento de la *Gross-Barcelona*. Los otros dos son la crisis fiscal por la falta de autonomía política de la ciudad y la crisis social (especialmente marcada en la cuestión de la vivienda) por las condiciones precarias a las que se sometió a las clases trabajadoras.

En resumen, se construyó un discurso ambiguo respecto al papel de la ciudad de Barcelona, ya que por un lado se trataba del principal instrumento de crecimiento económico para la burguesía, pero por otro lado esta temía el potencial subversivo de las clases subalternas de la ciudad, a las cuales reprimía con el apoyo del estado y toda la violencia que fuera necesaria (Roca i Albert 2004, p. 28). Se utilizaron argumentos nacionalistas para evitar el crecimiento excesivo de la ciudad (Vandellós 1985 [1935]), que durante el siglo XX se efectuó sobre todo en base a inmigración proveniente de las regiones más empobrecidas de España. Barcelona era para la burguesía del momento la garantía de la mejor tradición catalana (Grau 2002, p. 27) al mismo tiempo que la causante del desequilibrio territorial. Se utilizó la metáfora de la macrocefalia para caracterizar este fenómeno. Barcelona fue conceptualizada por las clases dominantes, pues, como un «*instrument necessari que convenia controlar i delimitar*» (Roca i Albert 2012, p. 292).

5.2.2 El reajuste bajo el franquismo

A inicios del siglo XX la mayoría de propietarios del suelo eran los antiguos propietarios del suelo rural y eran, por lo tanto, un grupo marginal. A medida que las rentas del suelo fueron aumentando, el sector se profesionalizó hasta tal punto que fue acaparado por inversores e intermediarios, como las agencias inmobiliarias, dedicadas a la promoción de viviendas.⁵⁷ Durante el franquismo estas sociedades conformaron potentes grupos de presión que consiguieron cambiar a su favor las normas legales y, además, persuadir a la opinión pública de que su máximo beneficio económico era positivo para la sociedad en su conjunto. Es evidente que este grupo estableció buenas relaciones con las instituciones y el sector financiero de la época (Massana 1985, p. 26), de manera análoga a como habían hecho los grandes industriales hasta los años 1930. La institución que mejor defendió los intereses de los grandes propietarios fue la *Cambra de la Propietat Urbana de Barcelona* que, por ejemplo, formó parte de la *Comissió de l'Eixample* hasta su desaparición en 1958, y cuya actuación dentro de ella es responsable en gran parte de la Barcelona que ha llegado a nuestros días.

Sus principales líneas de actuación fueron, siguiendo a Massana y Roca (1971, p. 218): conseguir la posibilidad de especular, reducir los impuestos asociados a sus actividades y descongelar los alquileres. Su exitosa oposición a la aprobación de leyes que pretendían gravar el suelo sin edificar o la propiedad de las edificaciones les dio vía libre para especular con el valor de sus propiedades, esperando el momento más oportuno para realizar transacciones. La otra parte

⁵⁷ Lo acontecido entre la burguesía y las clases populares durante la Guerra Civil explica en buena medida la evolución posterior de los acontecimientos en cuanto al control político de la ciudad, marcados por una dura represión social. La tesis doctoral de Francesc Roca (1979) es un documento fundamental para el estudio de Barcelona durante la II República, uno de cuyos momentos culminantes es *el Decreto de Municipalización de la Propiedad Urbana* en junio de 1937, que conllevó la huida de muchos empresarios industriales y la administración por parte de los obreros de muchas de las fábricas de la ciudad.

de su acción política consistió en liberalizar el mercado inmobiliario, hecho que ponía en una situación de fortaleza a los grandes propietarios frente a los pequeños y a los que no tenían ninguna propiedad inmobiliaria en su haber. A nivel urbano, las consecuencias fueron claras: a partir de 1928, hubo una evidente tendencia a aumentar la altura de los edificios (Massana 1985, p. 22-23).⁵⁸

En los años 1940, los responsables del planeamiento municipal decidieron ordenar el crecimiento de la ciudad, que se daba más allá de los límites del municipio. En 1953 se aprobó el *Plan de ordenación urbana de Barcelona y su zona de influencia*, conocido como el Plan Comarcal, que comprendía 27 municipios alrededor de la capital catalana. A través de la Comisión de Urbanismo de Barcelona, creada en virtud de la misma ley que el Plan Comarcal, se institucionalizaba por primera vez la planificación de un área metropolitana en Barcelona, todavía de forma poco articulada, sobre todo teniendo en cuenta la naturaleza de las relaciones entre los municipios implicados, y como cambió ésta a partir de la década siguiente. No obstante, el área cubierta por el plan era la misma que habían tenido en cuenta Nicolau María Rubió i Tudurí junto con Raimon Argilés en la maqueta de la Barcelona futura para la Exposición Internacional de 1929, y que nuevamente Rubió junto con su hermano Santiago tuvieron en consideración en 1932 dentro del *Regional Planning* que les encargó la Generalitat republicana (Artal 2002, p. 50).

Hasta los años 1960, sin un discurso muy atractivo por ofrecer a la sociedad, los esfuerzos se concentraron en la política de la vivienda (Massana y Roca 1971, p. 223). A escala nacional, dos instituciones se encargaron de ello: el Instituto Nacional de la Vivienda, dependiente del Ministerio de Trabajo, y la Obra

⁵⁸ Las consecuencias a nivel social, que terminaron de desarrollarse en décadas posteriores, son conocidas y bien estudiadas: degradación de barrios enteros, posterior vaciamiento gradual a través de la expulsión de los vecinos poco solventes e inicio de procesos de renovación y revalorización, constituyendo una nueva estructura social (Martínez Rigol 2000).

Sindical del Hogar, que dependía de la Organización Nacional de Sindicatos. Estas instituciones aplicaron unas políticas de tipo paternalista, con el objetivo de mistificar el concepto de propiedad (definidor de las clases sociales) con el acceso a la propiedad de la vivienda de amplias capas de la población. Se trataba de desactivar posibles focos de organización revolucionaria entre las masas obreras con menor calidad de vida.⁵⁹ El estado franquista construyó *viviendas sociales* a gran escala en todas las capitales de provincia. En Barcelona persistía un problema en este sentido desde las primeras oleadas de inmigrantes de los años 1920. De hecho, en los años 1950 y 1960 estas oleadas se intensificaron con inmigración originaria de la mayoría de regiones empobrecidas de España, sobre todo de Andalucía. El problema, pues, se acrecentó y el gobierno tuvo que aprobar en 1957 un *Plan de Urgencia Social* para intentar solucionar el problema de manera generalizada. Si bien es cierto que las clases trabajadoras pudieron en su mayoría abandonar los barrios de barracas que poblaban hasta ese momento toda la ciudad, sus problemas urbanos no desaparecieron sino que, en muchos casos, puede incluso argumentarse que se incrementaron.

El proceso fue dirigido desde fuera pero aplicado desde dentro. Las oligarquías que dominaban los antiguos municipios del llano de Barcelona tuvieron que gestionar el gran crecimiento urbano que experimentó la ciudad. Era frecuente que los propietarios de las grandes empresas fueran alcaldes. No es de extrañar, pues, que algunos de los servicios municipales los realizaran

⁵⁹ Hubo, en este sentido, un trabajo ideológico del Estado en connivencia con las clases dirigentes a través de los medios de comunicación de masas con el objetivo de conseguir la integración social. Es en este sentido que Raymond Williams (1980, p. 50) se refiere a los medios de comunicación como medios de producción. Uno de los casos más paradigmáticos es el del cine estadounidense. Se ha afirmado que una de las condiciones que los Estados Unidos impusieron para aprobar el Plan Marshall después de la Segunda Guerra Mundial fue la libre introducción de las películas de Hollywood en Europa. Para un desarrollo de cómo el cine condicionó las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y la España franquista puede consultarse Rosendorf (2014).

grandes empresas privadas con carácter monopolístico (Massana y Roca 1971, p. 231). Hasta ese momento, las principales preocupaciones habían sido la salud pública y la instrucción obligatoria (Massana 1985, p. 36). El Patronato Municipal de la Vivienda intervino subsidiariamente en el mercado inmobiliario, de forma análoga a como lo hacían las instituciones dependientes del gobierno central. Y lo hizo de manera insuficiente, ya que en Barcelona había una gran demanda de vivienda por parte de las clases populares, no satisfecha, al mismo tiempo que crecía enormemente el sector privado de la construcción destinado al segmento *solvente* de la población (Massana 1985, p. 23). Durante el periodo persistieron la segregación y la exclusión social propias de la ciudad capitalista más exacerbada. Como consecuencia, a finales de los años 1960 se produjo una creciente contestación popular en este sentido (Massana y Roca 1971, p. 233).

La tensión latente entre los intereses de los fabricantes y de los propietarios del suelo fue retomada por el alcalde de más largo ejercicio del periodo, José María de Porcioles (1957-1973). Aparentemente, supo resolver la ecuación entre gran ciudad fabril, negocio urbano y régimen autoritario, porque durante su mandato las tres dimensiones estuvieron presentes. Se demostró, como argumenta Roca i Albert (2012, p. 308) que durante el *porciolismo* expansión industrial extensiva y negocios inmobiliarios iban de la mano. Las buenas relaciones del alcalde Porcioles con el régimen franquista le permitieron conseguir la aprobación de la ley de 23 de mayo de 1960 que dotaba al municipio de Barcelona de un régimen especial orgánico y económico, otorgándole una cierta autonomía fiscal, que se ha conocido como la Carta Municipal (López 2002, p. 47). Roca i Albert (2012, p. 305) lo interpreta como una compensación por la discriminación del estado hacia Cataluña en términos de inversión pública por parte del régimen franquista. Gracias a esta ley se pudieron crear impuestos específicos, el más importante de los cuales a nivel urbano fue el impuesto de radicación, que permitía gravar a las empresas establecidas en la ciudad según

un procedimiento sencillo. Esa fue la condición necesaria para la profunda transformación que experimentó la ciudad a partir de los años 1960.

La etapa de Porcioles en el Ayuntamiento de Barcelona coincidió con el periodo de la historia de España que se ha definido como el *desarrollismo*, tras la gradual apertura hacia el exterior del régimen a finales de la década de 1950. Se trata del momento en el que el país se integró al sistema de producción fordista, la pequeña edad de oro del capitalismo español después de dos décadas de retraso. En 1956 se aprobó la ley sobre *Régimen del suelo y ordenación urbana*, una de cuyas consecuencias fue un espectacular crecimiento del ritmo de construcción de viviendas. El Estado también tuvo una creciente preocupación por la construcción de infraestructuras viarias, algunas de las cuales consiguió llevarlas a cabo gracias a esa apertura hacia el exterior, que conllevó inversiones extranjeras a cambio de altos réditos. El ideario del informe *Barcelona Año 2000*, realizado por la administración de Porcioles en su etapa final (Ayuntamiento de Barcelona 1970), es un reflejo de esa preocupación, ya que proponía la vertebración de la ciudad a partir de grandes autopistas en las que el automóvil privado era el transporte priorizado.⁶⁰

5.3 La Barcelona de las clases populares

Las luchas en torno al espacio urbano tuvieron una importancia secundaria durante buena parte de este periodo para las clases populares de Barcelona, al menos hasta finales de los años 1960. La lucha sindical en la esfera de la

⁶⁰ Aun así, la cultura del automóvil se desarrolló en una magnitud mucho más elevada en otros contextos geográficos. En Latinoamérica, con una influencia mucho más directa de lo que ocurría en los Estados Unidos, la producción del espacio urbano durante la etapa desarrollista se caracteriza por la construcción de grandes autopistas urbanas que han estructurado sus ciudades a partir de entonces. El hecho de coincidir con un momento de boom demográfico ha convertido a las grandes metrópolis latinoamericanas en unos lugares de muy complicada organización territorial. Ese es, sin duda, el caso de la Ciudad de México (Olivera y Delgadillo 2014).

producción fue la prioridad política del movimiento obrero hasta ese momento. No obstante, en tanto que existió una clase obrera como consecuencia del establecimiento de un sistema urbano industrial (analizado en el capítulo 4), existieron también desde las clases dominadas reacciones al proyecto de transformación de Barcelona en una ciudad industrial capitalista, que cristalizaron en la década de los años 1930. El primer grupo de estas reacciones provenía de intelectuales revolucionarios como Andreu Nin, cuya visión fue la de crear una *ciudad nueva*, o sea, un nuevo bloque urbano que disputara la hegemonía sobre la política urbana que ostentaban los industriales. El segundo grupo, mucho más popular entre la clase trabajadora barcelonesa, fue la alternativa que propuso la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) a esa política urbana de los propietarios de las fábricas.

En un primer momento, sus reivindicaciones fueron *economicistas*, en el sentido que solo pretendían mejoras dentro de los parámetros de organización social de las clases dominantes. Así interpreta Francesc Roca (1979, p. 109) el intento de creación, por parte de la CNT, de crear un sindicato de inquilinos durante la Primera Guerra Mundial: el objetivo fue la rebaja del precio del alquiler en un 50%, la higienización de las viviendas y la instalación de servicios. No obstante, algunos líderes del movimiento obrero de la época, como Ángel Pestaña y, especialmente, Salvador Seguí, abogaron por la necesidad de cooperación de los trabajadores manuales con los trabajadores intelectuales, como condición imprescindible para superar esa lógica economicista de las propuestas del partido industrial. Seguí fijaba el objetivo en la emancipación completa de los trabajadores, ni sujetos a los propietarios de las empresas ni tutelados por el Estado (Diez 2016, p. 27). En Barcelona existió el debate sobre el cambio de sistema político hasta la Guerra Civil, y eso es una anomalía en el contexto europeo, además de una característica distintiva de la ciudad. El encarecimiento de los productos de consumo básico y de la vivienda minó de forma constante las condiciones de vida de la clase trabajadora de Barcelona y al

mismo tiempo se convirtió en un acicate para luchar por ese cambio de sistema. El movimiento obrero organizó en 1931 una huelga de alquileres que duró hasta 1932 y que en buena medida fue la causa de la aparición, en el seno de los intelectuales cercanos al poder, de la propuesta del obrero-propietario (Roca 1979, p. 111).

Según Francesc Cabana (1996, p. 16) existieron en este periodo dos principales actitudes de los industriales hacia los obreros y sus organizaciones: o paternalismo o reaccionarismo. Las grandes fábricas (La España Industrial, Fabra y Coats, Damm, etc.) se sirvieron de la primera de ellas. Sus obreros gozaban de condiciones laborales relativamente mejores que los trabajadores de las pequeñas empresas, sobre todo en lo que se refiere a las prestaciones sociales, o como lo denominaron los empresarios, los *costes extrasalariales*. Ese es el motivo por el cual, como apunta Carles Carreras (1980, p. 28) a partir de Jordi Maluquer de Motes (1975), había que encontrar los obreros revolucionarios en los pequeños talleres, mientras que entre los que estaban empleados en las grandes fábricas predominaba el carácter reformista. A estos trabajadores les fueron concedidos una considerable variedad de servicios a un precio menor al del mercado, como la vivienda, pero también la adquisición de alimentos, el cuidado de la prole o la organización del tiempo de ocio a través de, por ejemplo, los clubes de fútbol que fundaron las mismas empresas. Era una forma de compensar la falta de tiempo para la reproducción social que comportaba el total sometimiento a las necesidades de la empresa.

En cuanto a la política urbana, existieron en Barcelona dos propuestas de alternativa a la ciudad industrial capitalista, que *grosso modo* pueden asimilarse a las dos principales corrientes ideológicas de la izquierda del momento: la anarquista y la comunista.⁶¹ La línea anarquista se fundamentó en la teoría

⁶¹ La propuesta socialista debe considerarse al margen del debate sobre la superación de la ciudad capitalista, puesto que se basaba en la confianza respecto a la acción institucional y, además, con

urbano-ecológica de la ciudad jardín, retomando las ideas de Ebenezer Howard de una forma más radical a como habían sido interpretadas por los intelectuales de la burguesía dos décadas antes (Masjuan 1998, p. 255). La limitación del crecimiento de las ciudades y la preservación del suelo no edificado entre los núcleos urbanos se complementaba con una distribución municipal del país en base a municipios autónomos sin otra superestructura política más que la libre confederación de cada uno de ellos hasta llegar a una hipotética escala mundial de asociaciones municipales.

El modelo comunista en los años 1930 tuvo una gran influencia de la urbanística soviética contemporánea. En este sentido, la *ciudad nueva* a menudo se asimiló con la planificación de los diferentes usos urbanos (residencia, trabajo, ocio, transporte) a partir de la repetición de conjuntos edificatorios prefijados, de manera similar a lo que Arturo Soria propuso para su ciudad lineal (Soria 1894). Aunque no tuvo repercusión en la Barcelona de la época, es importante tener en cuenta que el pensamiento urbano de Walter Benjamin, también de matriz marxista, aportó mayor riqueza y complejidad a ese modelo a menudo demasiado simplificado. Benjamin, a partir de socialistas utópicos como Charles Fourier, planteó la noción de *urbanismo armónico* para superar al urbanismo civilizado que había construido la ciudad industrial capitalista a partir de un orden monótono. En cambio, para el autor alemán la ciudad postindustrial socialista debía conciliar el orden *incoherente* con el *combinado*, yendo más allá de la construcción de ciudades que se adivinan cuando se han visto tres o cuatro calles, pero sin caer en lo azaroso de las ciudades preindustriales (Benjamin 2005 [1982], p. 660). A pesar de un cierto sectarismo por parte de los defensores de la política urbana de cada una de estas corrientes ideológicas, las dos propuestas compartían una de sus medidas fundamentales, como base para la construcción

unas medidas menos radicales que en otras ciudades europeas como Viena, en las que la socialdemocracia gestionó desde el poder local un parque público de vivienda (Roca 1979, p. 112).

de la nueva sociedad urbana que propugnaban: la municipalización del suelo urbano y su gestión popular para terminar con la segregación social y espacial que imponían las élites locales.⁶²

La resistencia al capitalismo se socializó con una creatividad notable (Carreras 1980, p. 114) con claras conexiones con lo que pasaba en otras sociedades industriales. Este es, de hecho, el objeto de estudio de la primera generación de la Escuela de Birmingham, dirigida por Richard Hoggard y reseñada ya en el análisis del estado de la cuestión de esta tesis. La militancia de izquierdas utilizó la red de instituciones obreras para construir hegemonía a partir de la cohesión a través del ocio y de la vida cotidiana. En el fondo, esta acción política se basaba en la confianza acerca de la potencialidad emancipadora de la cultura (Gabriel 1998, p. 112). Existió la sociabilidad formal y la informal. Respecto a la primera, la literatura suele referirse a ella como el asociacionismo: de carácter *decimonónico*, como casinos, ateneos, hermandades o cooperativas; o innovador,⁶³ como los clubes deportivos, el sindicalismo católico o los orfeones de barrio inspirados en las corales de Anselm Clavé (Gabriel 1998, p. 105). El asociacionismo se desarrolló en la esfera de la proximidad y contribuyó a la identidad de barrio, sobre todo en los barrios densificados del casco antiguo

⁶² De hecho, los intelectuales revolucionarios de la Barcelona de aquel momento hicieron importantes aportaciones en la definición del *comunismo libertario*, que incorpora elementos de ambas corrientes ideológicas.

⁶³ A partir de los años 1920 la reducción de la jornada laboral de los trabajadores fue utilizada para la introducción de una cultura de consumo masas a través del ocio. Según Francesc Roca (1998, p. 210) espectáculos como el fútbol o el cine, que consiguieron una gran popularidad a escala mundial, se adaptaban bien a las exigencias de la *ciudad taylorista*. La construcción de áreas de recreo como los parques también puede ser interpretada en este sentido. El caso de Montjuïc en Barcelona es evidente, ya que se convirtió en una prioridad de la política urbana de la burguesía local.

(Figura 5.2) y en los viejos cascos urbanos populares de los antiguos municipios del llano de Barcelona.



Figura 5.2. Fotografía de Margaret Michaelis: mercado de la calle de l'Om, c. 1933.

Fuente: Arxiu Fotogràfic de Barcelona.

En cuanto a la sociabilidad informal, se dio especialmente en las calles y en otros lugares de reunión como los bares, y fue la única existente en las segundas periferias, tal como las denomina José Luis Oyón (2008, p. 496), o sea, los nuevos barrios obreros que se construyeron a lo largo del siglo XX en los intersticios por urbanizar de todo el término municipal y más allá. Los pobladores de estos barrios fueron los primeros barceloneses que se vieron obligados de forma masiva a realizar largos desplazamientos para ir desde su lugar de residencia a su lugar de trabajo. Irónicamente, los estratos sociales más marginales, aquellos que la burguesía no creía asimilables y un foco revolucionario (bajo el estereotipo del murciano faísta) contribuyeron, en paralelo al establecimiento de un sistema de transporte público moderno (tranvía, metro, etc.), a la creación de la idea de la *Gran Barcelona*. Hubo, pues, una gran heterogeneidad en el movimiento obrero

anterior a la Guerra Civil, que en buena medida explica la inexistencia de una propuesta global alternativa al modelo de la *Gross-Barcelona*. Los esfuerzos por articular un movimiento obrero *ciudadano*, rompiendo con el localismo imperante en los ambientes barriales, se desarrolló a partir de una compleja dialéctica que en buena medida no fue resuelta.

Durante el franquismo el barrio volvió a ser el lugar de creación de vida comunitaria. Las comisiones de barrio, embriones de las posteriores asociaciones de vecinos, y las parroquias fueron las instituciones capaces de aglutinar la organización popular (Desbordes de la cultura 2017, p. 20). En la etapa final del periodo franquista, las demandas vecinales comenzaron a tomar protagonismo y a ellas se sumaron algunos colectivos de artistas con la conciencia de tener la responsabilidad ética de construir un discurso alternativo al del régimen sobre la realidad social de la ciudad. Los años 1960 y 1970 fueron también un momento álgido de las reivindicaciones de la cultura popular catalana, así como el ambiente literario que se ha denominado el *boom latinoamericano*. Barcelona salía del letargo franquista con una vida cultural renovada, que condicionó las políticas urbanas que se llevaron a la práctica en la etapa posterior, a partir de 1979, desde el Ayuntamiento de Barcelona (ver capítulo 7).

No obstante, la introducción de la cultura del consumo de masas avanzaba a un ritmo acelerado entre las clases populares: la televisión y el automóvil privado se convirtieron en iconos del periodo desarrollista. SEAT no fue solamente la empresa más característica del sistema de producción en masa en España, sino que su modelo 600 (cuyo periodo de fabricación coincide con el mandato de Porcioles como alcalde de Barcelona, 1957-1973), fue el producto a través del cual amplias capas de la sociedad española, y por ende la barcelonesa, entró en contacto por primera vez con la *modernidad* llegada del exterior.⁶⁴ Los

⁶⁴ Los cambios fueron incluso a nivel psicológico: «Es evidente que algún día, cuando se estudie a fondo la transformación psicológica de nuestra sociedad, se hará justicia a esta firma, que tanta

automóviles turismos permitían un cambio de comportamiento que revolucionó la vida cotidiana de todo el mundo, y ello tuvo claras consecuencias en la organización espacial de la ciudad (Carreras 1980, p. 134).

Las contrahegemonías al *statu quo* (Massana y Roca 1971, p. 232) no acabaron con la mistificación de la ciudad capitalista. Al contrario, esta se intensificó a medida que se incrementó la capacidad adquisitiva durante la época desarrollista, en el sentido que la clase trabajadora renunció a una revolución a través del pacto social con las clases dirigentes, lo que se conoció como el Estado del bienestar. La vitalidad de las organizaciones obreras originadas en la lógica de la ciudad industrial se fue degradando con el tiempo. El mantenimiento y refuerzo de la hegemonía sobre el discurso urbano de las clases dominantes debe asociarse con una adaptación a las reestructuraciones sistémicas que se producen a escalas más pequeñas, reorientando los objetivos para mantener los intereses gracias a una red de intereses que funcionaba y convenía mantener (Carreras 1980, p. 73; McDonogh 1986, p. 171).

influencia ha tenido en el país para contornear muchos de sus perfiles actuales de comportamiento. SEAT ha determinado muchas posturas nuevas ante la vida, infinitas posibilidades de trabajo, numerosos beneficios económicos; y, sobre todo, formas de vida absolutamente inéditas en España». SEAT, Sociedad Española de Automóviles de Turismo, S.A., Siaca. Madrid, 1970. Citado en Massana y Roca 1971, p. 219.